



Traje para comida ó recepción.

Elección y arreglo de la casa.

Desde luego sentaremos como principio general que en este punto más que en otro alguno, es imposible dar reglas uniformes, por las variedades del clima. Sin hablar más que de México, pongamos por ejemplo, ¿cómo es posible pretender que un habitante de los valles profundos y cálidos amueble su casa de la misma manera que las personas instaladas en las mesetas y altiplanicies, de clima á veces muy crudo? Otro tanto puede decirse de Guayaquil y de Quito, de Lima y de la altiplanicie boliviana, de Valparaíso y de Mendoza.

Lo mejor es en el caso concreto de que hablamos, tener sentido común y no hacer tonterías. Hay personas de países tórridos, que porque en París y en Londres usan alfombras, cortinajes, sillas forradas, sillones de terciopelo y otros objetos á propósito para conservar el calor y aun para aumentarlo, se llevan á sus ardorosos domicilios esos mismos artículos, amueblaban sus casas con un habitante de las márgenes del Sena ó del Támesis y se achicharran.

No, hay que atemperar el mueblaje á las condiciones climatológicas; en los países cálidos, sillas y canapés de rejillas, algunos forrados de damasco, lo menos posible en cortinas y alfombras; el objetivo debe ser el fresco y la protección contra

el sol demasiado ardoroso. Donde haga frío, allí será racional imitar á los países de Europa que tienen invierno largo y poco clemente.

A más de esta recomendación, hay que hacer otras en lo que toca al amueblado. Una importantísima es, para el matrimonio que se instala, no adquirir mobiliario más lujoso que el permitido por sus recursos. Primeramente, debe evitarse el gastar sin utilidad suma importante de dinero. Lo que tienta á veces es que los comerciantes conceden facilidades para el pago; pero como en definitiva precisa abonar lo que se debe, siempre resulta que, de un modo ó de otro, se ha invertido más de lo conveniente en objetos de discutible utilidad. Así es como muchos matri-

monios nuevos se hacen difícil la vida desde los comienzos, de tal manera, que luego ven llegar con angustia y casi con dolor lo que debería colmarles de alegría, los hijos. Preferible es un mobiliario modesto, arreglado á los medios que se poseen y que se irá enriqueciendo y aumentando á medida que mejore el estado de fortuna de los esposos. También deberá tener en cuenta el ama de casa, que los muebles exigen, á más del gasto de adquisición, tiempo para limpiarlos y conservarlos en buen estado. Si el ama de casa y sus servidores han de invertir en esta tarea más horas de las que pueden consagrar al caso, los muebles lujosos serán doblemente perjudiciales.

Estos consejos no están de más, porque hoy las tendencias de las jóvenes recién casadas, las lleva á exagerar la importancia del mueblaje.

Además de estar en relación con los medios de que se dispone, los muebles han de estar también en relación con la vida que se lleva. En París, donde los alquileres son carísimos, hay familias de la mejor clase media que, careciendo de medios para tener un salón, convierten en tal su comedor, y allí es donde reciben. Esto hará comprender á muchas amas de casa que si el local no lo permite, y si sus medios les recomiendan la prudencia, es inútil empeñarse en que haya sala. Un comedor bonito, con una mesa bien tallada, que se cubre con un lindo tapete (quitándolo sólo para poner los manteles á la hora de comer), y con un aparador limpio y brillante, algunos dibujos en las paredes y flores en unas cuantas rinconeras, será para la familia y los amigos, centro de conversaciones íntimas y de mutuo recreo, tan grato como el salón más aparatoso y mejor amueblado.

Hav personas que tienen sala y en ella muebles tan bonitos y costosos, que casi nunca los descubren. Cuando les llegan visitas que no son de gran ceremonia, se abstienen de abrir el salón y las llevan á otra parte. En tal caso ¿á qué conduce tener una habitación que no se emplea, que está cerrada la mayor parte del año? Preferible sería gastar algo más en arreglar bien el comedor, convirtiéndolo en sala de recibo para la familia y amigos.

Conozco familias donde se hace vida aparatosa, que reciben á comer con frecuencia, y hasta dan un par de bailes de etiqueta al año, donde los salones de recibo y el comedor son suntuosos, mientras que los dormitorios sólo contienen lechos descensajados y sillas medio rotas. De modo que así remedan á las grandes señoras de pasados siglos, que iban cubiertas de sedas y brocados, y que, por lo costosa que entonces era la ropa blanca, llevaban debajo enaguas y camisas repugnantes de suciedad.

Un ama de casa inteligente, debe rechazar esa costumbre, tributo pagado á insensata vanidad. Es preferible que piense ante todo en el bienestar de los suyos, y que, gracias á su ingeniosidad y buen gusto, procure dar á su hogar el encanto que no siempre se deriva de los muebles lujosos.

UNA CASA AISLADA.

Vamos ahora á describir el mobiliario de una casa aislada y el de un cuarto en una de vecindad. En el primer caso, elegiremos la de una familia medianamente acomodada, para que pueda servir de tipo general. No inventamos nada; nos limitamos á describir la de una señora que conocí años atrás, y que era tal vez la más hacendosa de cuantas he tratado.

La casa era de planta baja, con un hermoso patio descubierto y lindas azoteas, con lo cual queda dicho



Tres modelos de abrigos última moda.

que se trata de una habitación apropiada para los mejores climas andaluces ó americanos. Del patio se subía al primer piso por una escalera descubierta también, indicio de lo poco que llueve en el país, y que cubría un toldo de verdes y deliciosas enredaderas. Veamos ahora la planta baja.

En ella estaban los dormitorios de varios jóvenes, de doce y catorce años, compuestos de sencillas camas de hierro, limpias y aseadas, y de algunas sillas. Esos chicos hacían su tocador en el patio, en una gran fuente que allí existía, y esto sin inconveniente por tratarse de colegiales que se levantaban á las cinco de la mañana, cuando las personas serias de la familia dormían. Además, había alrededor del patio un cuarto para la criada, otro donde se ponía la ropa blanca, un retrete y un depósito para leña, carbón y otros cachibaches. El verdadero domicilio estaba arriba.

Una vez en lo alto de la escalera, se penetraba en una galería, sostenida por columnas sobre el patio, y que formaba la antesala. En ésta había un canapé, dos mecedoras y una mesa. A la izquierda se abría la sala, forrada de papel de arrimo blanco y dorado, con sillería de palisandro incrustado de nácar, y fondos de rejilla. En el centro una mesa de juego, entre los dos balcones otra con un reloj de sobremesa; el estrado consistía en un sofá y dos mecedoras análogas á las sillas y una pequeña alfombra colocada delante del primero. En los balcones simples visillos; nada de grandes cortinajes. He ahí una verdadera sala de país cálido, deliciosa de frescura y de brillantez. Añadiré que varios cuadros, retratos y paisajes, colgaban de las paredes.

Después de la sala venía el dormitorio de los amos de la casa, compuesto de una magnífica cama, una cómoda, una mesa de noche y algunas sillas. De ese dormitorio se pasaba al del hijo menor, donde sólo había una cama y varios armarios ó roperos, mesa de noche y silla. Este dormitorio daba á la galería. Siguiendo por ésta, en ángulo recto con la primera parte de la misma, seguían la cocina, grande, espaciosa, y el comedor, reducido á la mesa, varias sillas, los aparadores y algunos di-

bujos en las paredes. Por lo que se ve del domicilio de una familia bien acomodada de países cálidos, puede deducirse que se puede obtener un interior limpio, decente, lleno de luz y de alegría sin recargarlo de muebles y con gasto relativamente moderado.



Nuevo cierre para traje de casa.

UNA CASA MODESTA.

Veamos ahora el interior de una familia de la clase media parisiense. No se olvide lo dicho acerca de las exigencias del clima, y téngase en

cuenta además, que describimos un apartamento completo, es decir en que hay todas las piezas imaginables, pero que contiene varias poco comunes en realidad. Hablando en plata, una casa así exige por lo menos en Francia, de ocho á diez mil pesos de renta.

Al abrirse la puerta, se penetra en el vestíbulo y la antesala. Estas habitaciones, que hace cincuenta años carecían de muebles y tenían aspecto muy frío, lo han perdido por entero. Hoy son sonrientes y prestan algunos servicios, pues muchas veces, cuando se trata de personas que vienen con recados, y aun de amigos íntimos que se presentan á horas en que no están todavía preparadas las habitaciones, se les recibe ahí sin ceremonias, como ordinariamente se dice.

La antesala puede utilizarse instalando en ella una gran caja, que sirve para colocar la leña que se ha de consumir en las chimeneas durante el invierno. De esta manera, se tiene siempre á mano dicho combustible. Además, los grandes cofres destinados á dicho uso, forrados por la parte superior, sirven de canapés donde es posible sentarse cómodamente.

En la antesala es indispensable una mesa, dejándola al descubierto si vale la pena, y si no, cubriéndola con ancho tapete. Sobre dicha mesa se ponen un tintero y plumas, una cajita para los plumeros y un pequeño bulto de papel secante. Esta mesa ha de ponerse contra la pared.

A lo dicho se agregan algunas sillas de forma original, á menos que el mobiliario sea homogéneo y de estilo perfectamente característico. Del techo se cuelga una linterna, que debe encenderse todas las noches, para facilitar las ideas y venidas. Hoy se hacen unos farolitos de estilo de la edad media para tal uso, con vidrios de colores mezclados, y presentando en los ángulos roscas fabricadas con láminas de hierro de dos á tres centímetros de ancho. La luz algo obscura que así se obtiene, yendo á incidir los cortinajes y tapices oscuros, da tonos misteriosos á la antesala. Olvidábamos decir que delante de la puerta de cada departamento, lo primero que se encuentra en una

alfombrilla de esparto para limpiarse los pies, cosa necesaria en un clima donde llueve á menudo y donde se usan mucho las alfombras.

EPIGRAMA.

Quando alguien buscaba esposa antes, por ahorrarse engaños, tanto á amigos como extraños preguntaba:—¿Es virtuosa?

Hoy, en verdad, no se explica. preguntaba tan inocente, y el novio á toda la gente pregunta:¿Tiene la chica?

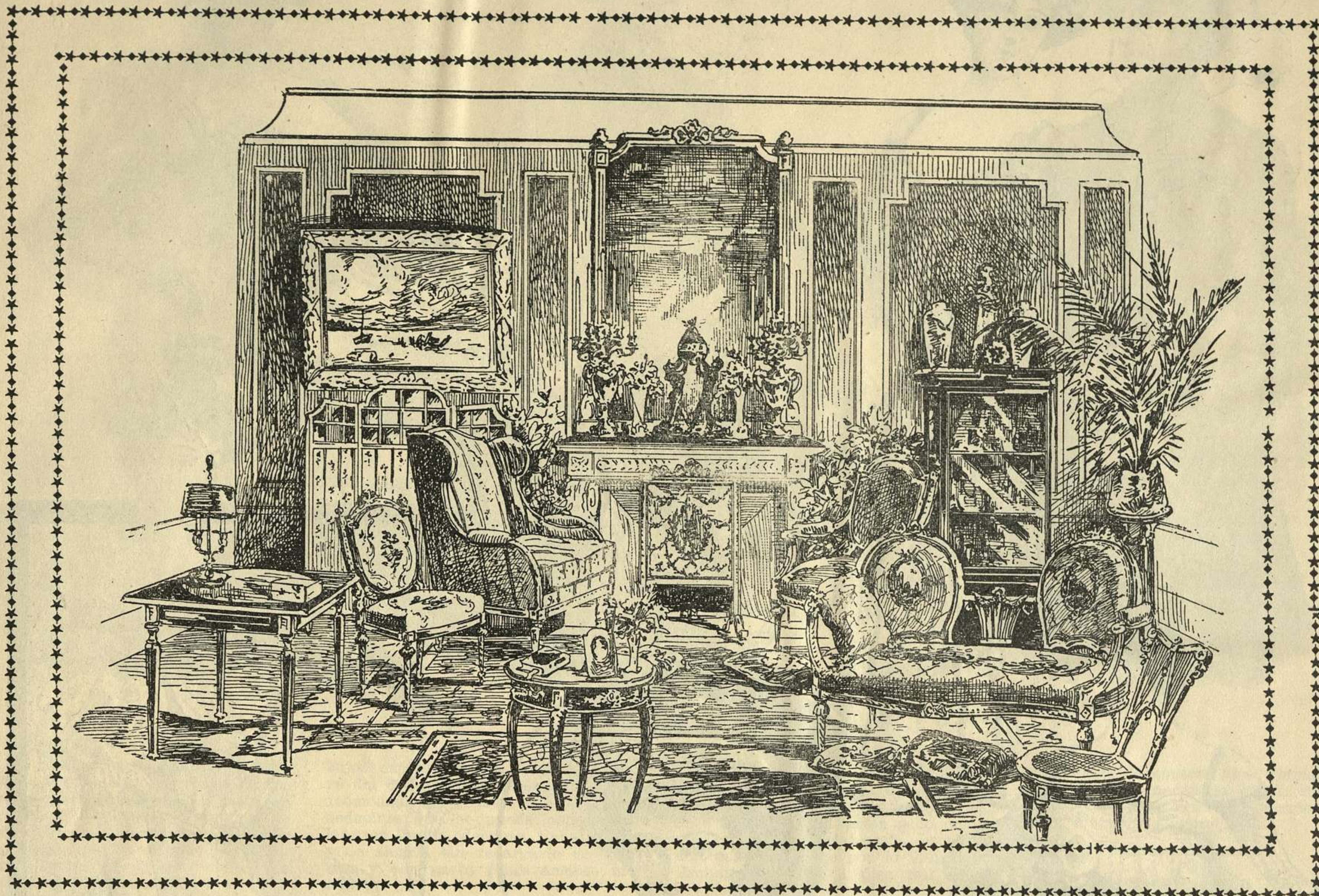


Traje de interior.



Colección de trajes de "soiree" para señoras jóvenes y señoritas.

PARA EL HOGAR



Mobiliario y adorno de salón.

LAS MANOS.

Lavarse las manos lo menos posible, untarlas de una mezcla de glicerina y almidón antes de entrar en el lecho, y enguantarse para ir á un lugar frío ó muy caliente, he aquí el medio de conservar las manos blancas y finas. Pero bueno será recomendar la moderación, por cuanto los extremos tienen los vicios.

En tiempo de nuestras abuelas, cuando estaba de moda el besamanos, las damas hermosas se cuidaban las suyas de bien distinta manera que el presente, en que el banal movimiento de manos ha relegado al olvido aquella costumbre un poco afectada, pero muy bonita. En la actualidad es mucho lo que se abandona el cuidado de las manos.

No debe adquirirse la fea costumbre de tener las manos unidas ó cerradas durante el sueño; al contrario, procúrese mantenerlas extendidas todo lo posible, porque de este modo no se formarán sobre las falanges pliegues ni arrugas muy acentuadas.

Las pastas de almendras y de salvado son muy provechosas para la conservación de las manos, así como la mezcla de glicerina y almidón es excelente.

Cuando las manos se hallan demasiado lastimadas, debe dormirse con guantes anchos después de untarlas la glicerina.

La siguiente receta se aconseja como muy buena para blanquearlas:

60 gramos de jabón en polvo disueltos en 200 gramos de aceite de almendras dulces; agréguese luego 200 gramos de agua de Colonia y cúbrase con

esta mezcla é interiormente un par de guantes viejos y anchos, con los cuales se dormirá.

Para evitar la rudeza de las manos, conviene usar por las mañanas y por las noches este preparado:

Vinagre de vino blanco	27	gramos
Alcohol.....	15	„
Agua de rosas.....	15	„
Jugo de limón.....	20	„

Los guantes deben elegirse un punto un poco justos, porque la costumbre de llevar la mano un poco recogida le hace adquirir una forma bonita y elegante.

Cerraremos este capítulo "con broche de oro," que de áureo metal es por su mérito la profundamente sentida y original poesía al malogrado poeta cubano, Casimiro Delmonte debieron unas manos femeninas.

He aquí algunos fragmentos de composición tan delicada:

¡Tus manos!....al cantarlas queda
(inmóvil
¡Sobre las cuerdas la inexperta mía;...
¡Tus manos! suave espuma de ambrosía.

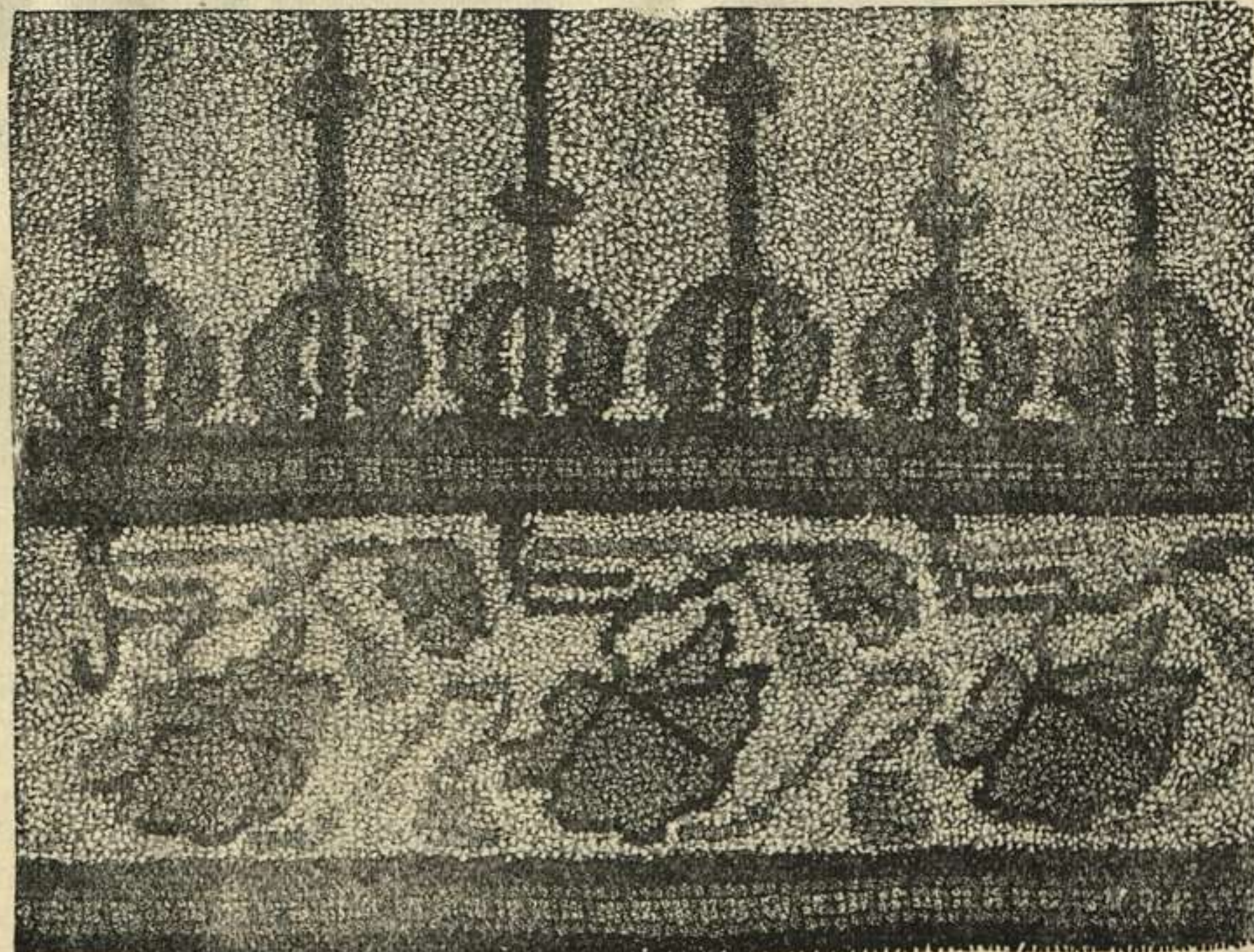
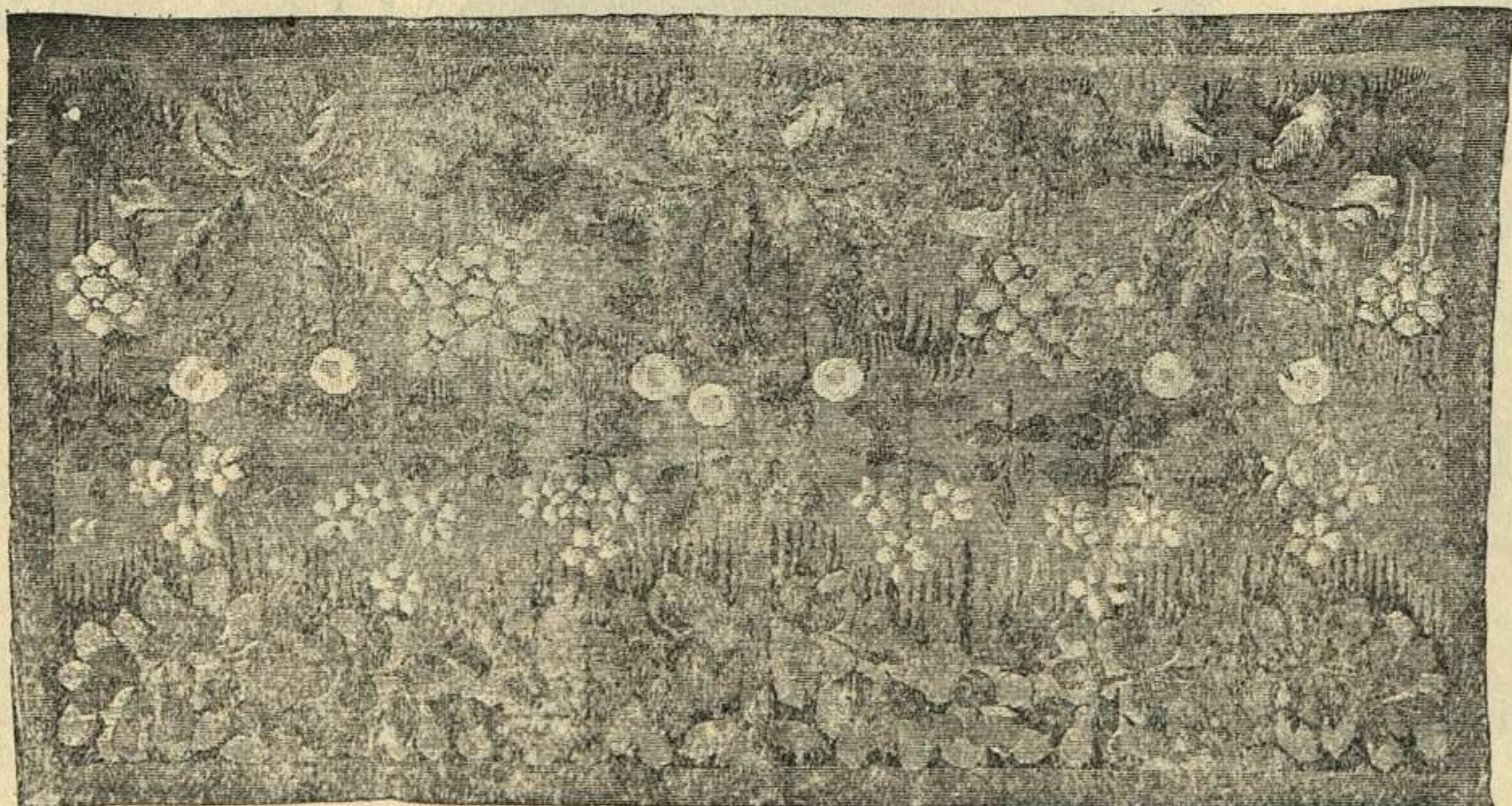
¿Quién las puede pintar?

En rosado suavísimo de púrpura
Y la nieve, mezcladas, las coloran,
Envidia del girón con que enamoran
Las albas al nacer.

Pueden ellas sanar con santo bálsamo).

De un infeliz amor la inmensa herida;
Ellas ante el altar prometen vida,
Muerta al decir: "¡Adiós!...

Ellas cierran al fin los ojos téticos
Del que muere por tí desesperado;
Ellas enflorescen el sepulcro helado,
¡Del que tanto te amó!



Modelos para decorado mural.

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO VIII--TOMO II--NÚM. 26.

MÉXICO, DICIEMBRE 29 DE 1901.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Subscripción mensual foránea, \$ 1.50
Idem. Idem. en la capital, „ 1.25

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



NAVIDAD.



IMPRESIONES DE INVIERNO.

Estas noches de invierno, empapadas de azul, con salpicaduras de astros, son muy hermosas, sólo que, como los alfileres del frío asaetan en grandes puñados las carnes descubiertas, muy pocos transeuntes se atreven á cruzar las calles de la capital, bajo el toldo diáfano del cielo. No bien principia á caer la sombra, cuando se va quedando desierta la vía pública: en la gran avenida los corrillos de los elegantes se desgranán, la procesión que viene del paseo se rompe y bifurca á cada instante, y la ronda de luciérnagas que fosforece desde las calzadas de la Reforma, hasta el fin de la "gran arteria", se derrama por las calles transversales, indicando el rumbo de los carruajes. Y queda únicamente brillando por un momento, sobre el crepúsculo de cristal del Ocaso, la agujeta de uno que otro campanario, con su toque de luz en el remate. Pero ya sobre el plano obscuro de las fachadas se encienden los escaparates de las tiendas, marcos de resplandor amarillo, tras los cuales luce una fantasmagoría de colores: los cambiantes de las telas, la deslumbrante rutilación de las joyas, los guiñapos brillantes de los juguetes, y los reflejos de kaleidoscopio en las botellas. Entre tanto, sobre su mástil erguido, las esferas lechosas de la luz eléc-

trica arrojan su claridad temblona y lívida hacia el cordaje aéreo del telégrafo, y con ella alfombran y bruñen el pavimento de asfalto y enjalbegan los muros de las fachadas. La decoración es bella. Tiene luz y color, pero le falta movimiento y vida. Ya las parejas de enamorados no van, como en Primavera, á pasear su felicidad á la caída de la tarde, y á decirse ternezas, aisladas entre la multitud inquieta. Ya no "flanean" los niños, gorjeando sobre las aceras rebosantes. Ya no se detienen las mujeres hermosas, en bandas risueñas, soñando con los ojos entornados ante los fantásticos dibujos de los encajes. Apenas si la burguesía, la pobre burguesía, queda obligada á caminar de seis á ocho, precipitada y locamente: el empleado que acaba de salir de la oficina; el cobrador que va á rendir cuentas; la costurera que sale del taller y va á la fábrica en busca del obrero; el "calicot" que ha brincado el mostrador, ansioso de una hora de libertad; y tal cual familia que viene de hacer compras, y que se apresura á llegar á la casa.

Y cuando el reloj de la Catedral da las nueve de la noche, no queda en las amplias avenidas más que uno que otro grupo de ebrios, alguna mujerzuela rezagada que va tiritando por la acera desierta, y uno que otro enamorado escondido en el vano de alguna puerta, hundido en el abrigo, como una tortuga en su concha, y acechando los balcones de la novia.

Todo está triste; los teatros vacíos; los salones cerrados; la ciudad silenciosa. Las linternas de los gendarmes, brillando de trecho en trecho, parecen farolillos de retablo puestos en mitad de la calle para alumbrar la soledad de la noche.

Sólo las estrellas ríen en la transparencia infinita de los cielos. Nada palpita en el sutil cortinaje del viento. Acaso el poeta, vidente que vela, sorprende rastros de almas y huellas de oraciones en la diafanidad del ambiente.

Sin embargo; hay algo que no se preocupa del invierno, ni procura calentar sus placeres junto á la lumbre del hogar tranquilo. Los "bar-rooms", abiertos durante la mayor parte de la noche, arrojan á la vía, su cuadrilátero de luz amarilla. De allí surge la carcajada cínica de la prostituta beoda, y el cantar encanallado del ebrio tambaleante. Allí se arrolla y codea el vicio, y se arremolina la pasión frenética. Allí dentro hay muchos rostros enrojecidos por el alcohol; muchas miradas brutales de amor salvaje; muchos cerebros enloquecidos.

Mientras que afuera se arrastran los harapos y pide limosna la miseria, afuera algunas hembras sucias y casi desnudas, ofrecen al extraviado transeunte toscas caricias y extravagantes y asquerosos goces; y el enjambre de papeleros, temblando de frío, vocea con entonación apagada los periódicos de la tarde.

El amor bueno, no; ese se ha acurrucado en la alcoba perfumada, para bendecir el invierno, que aproxima las bocas y las almas.

Aún no cae la nieve; pero ya cuando atardece, el viento barre las hojas secas sobre las solitarias calzadas de la Alameda, cantando el primer estribillo de la balada del invierno.

Luís Urbina

VILLANCICOS

¡Noche casta, noche azul,
de dulces recuerdos llena;
tiende tu manto de tul,
noche alegre, noche buena!

¡Ven! que te aguardan cantando
niños rubios y doncellas:
puedes ir ya desgranando
tu rico collar de estrellas.

Mira á la joven risueña
engalanada de flores,
cómo sueña, cómo sueña
con el que le habló de amores,

En tanto que el pobre anciano
busca el calor del cariño,
y acaricia con la mano
la cabecita del niño.

¡Noche casta, noche azul,
de dulces recuerdos llena,
tiende tu manto de tul,
noche alegre, noche buena.

Turba el callado sigilo
de las honradas mansiones,
deja en cada hogar tranquilo
tu regalo de ilusiones.

Salvador Gutiérrez Nájera.

NÖEL.

La fiesta de Navidad es en nuestros climas una fiesta extraña, exótica, de importación. El viejo Noel, el de la lengua barba de escarcha y la poblada cabellera de nieve, forrado de pieles como un oso y calzado de zuecos, no es planta tropical ni habita los climas templados y tibios: Viene de las regiones hiperbóreas, caminando entre témpanos vacilantes, hollando nieves deslumbradoras á través de bosques escuetos y escarchados y al pie de montañas congeladas, ó sobre pantanos endurecidos por la helada.

Ama las brisas cortantes, las lunas pálidas, los cielos brumosos y las lluvias de copos. Visita de preferencia los hogares en que arde el fuego y humea la chimenea. Gusta de llamar á la puerta de la casa cerrada, de espiar por la vidriera jaspeada por la escarcha, de encontrar á la familia congregada al amor de la lumbre y á los niños jugando cerca del fuego ó dormidos cerca de la estufa. Judío errante del invierno y de la noche, gusta de la hospitalidad á puerta cerrada, del chisporroteo de la lumbre, de la soperá humeante y del vino capitoso.

Mito escandinavo, germano, boreal, no puede descender á las bajas latitudes; es desconocido en las Islas Jónicas y en las regiones intertropicales.

Nuestras fiestas de Navidad son fiestas atenienses, al aire libre, bajo bosques siempre frondosos y al soplo de brisas siempre tibias. Para celebrarlas, abrimos de par en par puertas y ventanas, circulamos por patios y corredores en teorías ó en jarándolas, iluminamos "á giorno" los jardines. Son fiestas venecianas ahí donde hay lagos ó estanques, "garden partys" de estío ahí donde hay flores, giras campestres ahí donde hay praderas, bailes banales ahí donde hay salones.

Ni nuestros rezos de novena, ni nuestras letanías en coro, ni nuestra "pedida" de posada, ni nuestra piñata, ni nuestro bailecito casero, son fiestas de Noel. Lo son por la época del año, por la fecha, por la cronología, mas no por su índole ni por su carácter. La Noel genuina es fiesta á la vez doméstica, infantil é invernal. Es decir, congrega á la familia, más que á la sociedad; se organiza para regocijo de los niños, antes que para los flirteos de las personas grandes, y se hace á puerta cerrada y al amor de la lumbre.

Ha pasado el otoño, y á la vez que el invierno sobreviene el año nuevo. Los campos se han secado, las flores se han marchitado, las espigas han caído. Los bosques son agrupaciones de esqueletos cubiertos de blancos sudarios. Los días se han acortado, y las noches comienzan á hacerse interminables. El sol pálido y anémico hace cortas apariciones sobre el horizonte y sus ojeadas oblicuas ni alumbran ni calientan. Una sábana blanca se extiende por todos los ámbitos del horizonte; de los tejados oblicuos penden carámbanos, y las chimeneas se coronan de blancos penachos.

La vida exterior se hace imposible; á toda hora soplan cierzos y caen copos. La tempestad de nieve se abate como nube de langostas grises y heladas sobre los campos y sobre los poblados. Se chapalea lodo negruzco en los caminos y nieve húmeda en las calles; la niebla envuelve todo en gasas espesas, extingue los astros y apaga los reverberos. No hay qué hacer fuera, toda la vida se encuentra en el hogar.

De antemano todo está dispuesto para este encierro de casi seis meses. Las cortinas espesas y vistosas y los sólidos contramarcos cierran el paso al viento y al frío. Grandes antros en que arden troncos, diseminan un baho tibio y reconfortante; brillan por doquiera las lámparas y bugías; los amplios y acoginados sillones ofrecen entre sus brazos abiertos reposo y abrigo. Mil chucherías en los escaparates y anaqueles recrean la vista y divagan el hastío. Libros en la biblioteca, víveres abundantes y nutritivos en la despensa, cómodos y muelles lechos en la alcoba; hervor de teteras y chispear de vinos en las copas; hormiguero de chiquillos blancos, mórvidos, sonrosados, vigorosos en la "nursery", uno ó dos abuelos rugosos, canos, nobles y tiernos, y una esposa blanca, rubia, limpia, fiel, fecunda, laboriosa y amante; tal es el cuadro en que desenvuelve sus pompas y sus regocijos la Noel.

Los niños la esperan de antemano y la ansian

todo el año; es su fiesta, llena de sorpresas, de agasajos y de obsequios. De un lado padres y abuelos levantan el árbol monumental á excusas de los niños; cuelgan de sus ramas robustas, guirnaldas vistosas, y á guisa de maduras frutas, juguetes, chucherías, golosinas y lamparillas. Pendien de sus frondas hebras de heno, hilos de escarcha; se yerguen en sus nudos y yemas bugías multicoloras, y entre las hojas brillan estrellas de plata y de oro y esferas de cristal. A cada paso se desempaca una nueva caja de chucherías que hacen con su peso doblar las ramas.

A otro lado la mesa. Sobre la blancura inmaculada de los manteles chispea el cristal, brilla la porcelana, se alzan las tazas elegantes y las plateadas figuras de los centros de mesa. En las garrafas de bacarrat se funden los topacios y rubíes de los vinos exquisitos. Y tendidos sobre los platonos los pescados aderezados, echadas las aves guarnecidas de primicias, recostados los pernils y jaspeados de arabescos, heoquidas y monumentales las piezas montadas, remedando fuentes, con surtidores de escarcha, canastillos con flores de dulce, molinos de viento con aspas de caramelo, se ofrecen, como en holocausto, al apetito voraz, á la gula inextinguible y á la robusta digestión, pecuñares de los niños de todo el mundo y de los hombres de los países fríos.

En un momento dado, irrupeión tumultuosa de chiquillos, gritos de alegría, pataleos de impaciencia, empellones y retozos; se descubre una cortina, y se abre para los niños el paraíso.

Es el momento psicológico; aquel árbol de Jauja tiende prodigioso sus ramas cintilantes y cargadas de primores. El rorro que dice papá y mamá, la locomotora de cuerda, el húsar arrogante cuyo caballo galopa, la muñeca gran señora vestida de seda y cuajada de pedrería; la hacienda con sus casuchas, sus arboledas, sus ganados y sus pastores; el trompo, la pelota, la raqueta... qué sé yo! todo ese arsenal de fruslerías, que constituyen la aspiración, que absorben la vida y que inician la educación del niño. El árbol tiene para todos, chicos y grandes; para el abuelo la pipa monumental tallada en ámbar y espuma, con las cabezas de los osos que solía cazar en la juventud ó de los caballos en que cabalgaba; para la abuela el retrato en miniatura de sus nietos, encuadrado en marco cincelado; para la esposa el rico brazaletes de zafiros ó el modesto broche de doble, y para el esposo el espectáculo sin segundo de la paz de su hogar y de la felicidad de los suyos.

Esta es la verdadera fiesta de Noel. Nosotros no podemos comprenderla ni disfrutarla, porque no tenemos nieves, ni brumas, ni noches interminables. Vivimos como los espartanos, al aire libre, y como los espartanos, comprendemos mal el hogar y preferimos la plaza pública.

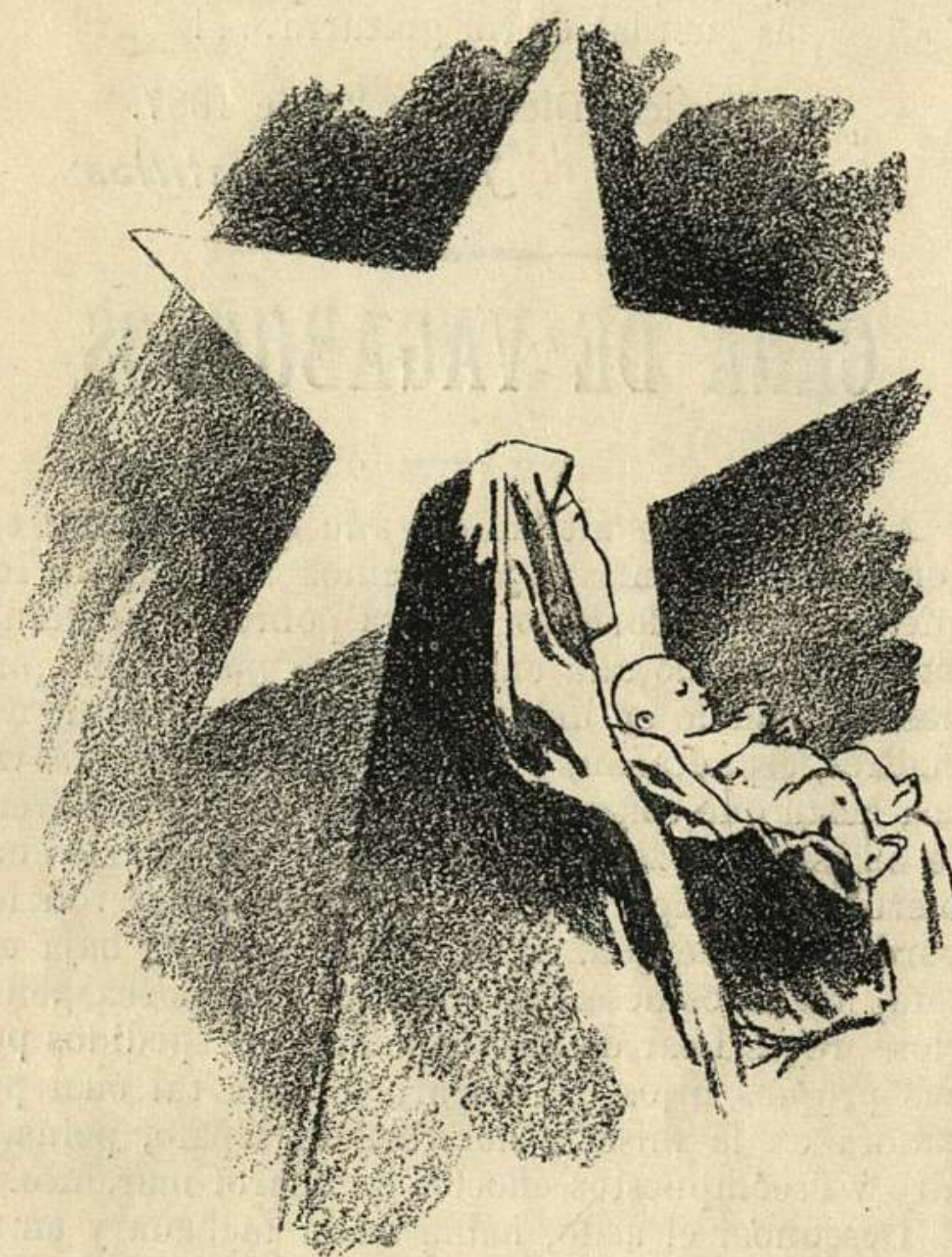
J. M. de la Cruz

CANTARES DE NAVIDAD

(A mi hermana Adela.)

¡Navidad, noche de ensueños!
 ¡Navidad, noche sagrada!
 cada uno de tus cantares
 es un pedazo del alma!
 Tú llegas, y todo el mundo
 se conmueve, se levanta,
 y es un himno cada acento
 y un beso cada mirada
 y cada pecho un nectario
 de recuerdos y esperanzas.
 Navidad, flor del invierno,
 poema cuyas estancias,
 conduce, de siglo en siglo,
 el tiempo, mustio, en sus alas:
 tu argumento es la leyenda,
 tu escenario está en las almas,
 y tu poeta es el pueblo
 que en sus vihuelas te canta!
 ¡Navidad...! ¡ya son las doce!
 Ya te vas...! ya viene el alba...!
 ¡Tal vez ¡ay! cuando regreses,
 ya no escuches mi guitarra!

En Diciembre muere el campo;
 y en la llanura abismada,
 el invierno tembloroso
 esparce lirios de escarcha.
 La ciudad con sus palacios,
 parece un nido de garzas;
 y las casitas del pueblo
 un puño de rosas blancas...
 Y el sol se aleja... La tarde
 suelta el cabello de nácar,
 y el espacio es una tienda
 con claveles adornada.
 La luna, lánguidamente
 se yergue en su azul hamaca;
 y en la sierra crece el frío;
 y en la ciudad... ¡todo calla...!
 Y entonces, como á un conjuro,
 Navidad, tú te levantas:
 entretejes tus cabellos
 con heno y flores de pascua;
 juntas resinas del monte,
 cortas pino en la cañada,
 te ciñes el ténue traje
 formado de verde lama,
 y atravesando graciosa,
 la llanura solitaria,
 sacudes tu pandereta,
 despedazas tu piñata,

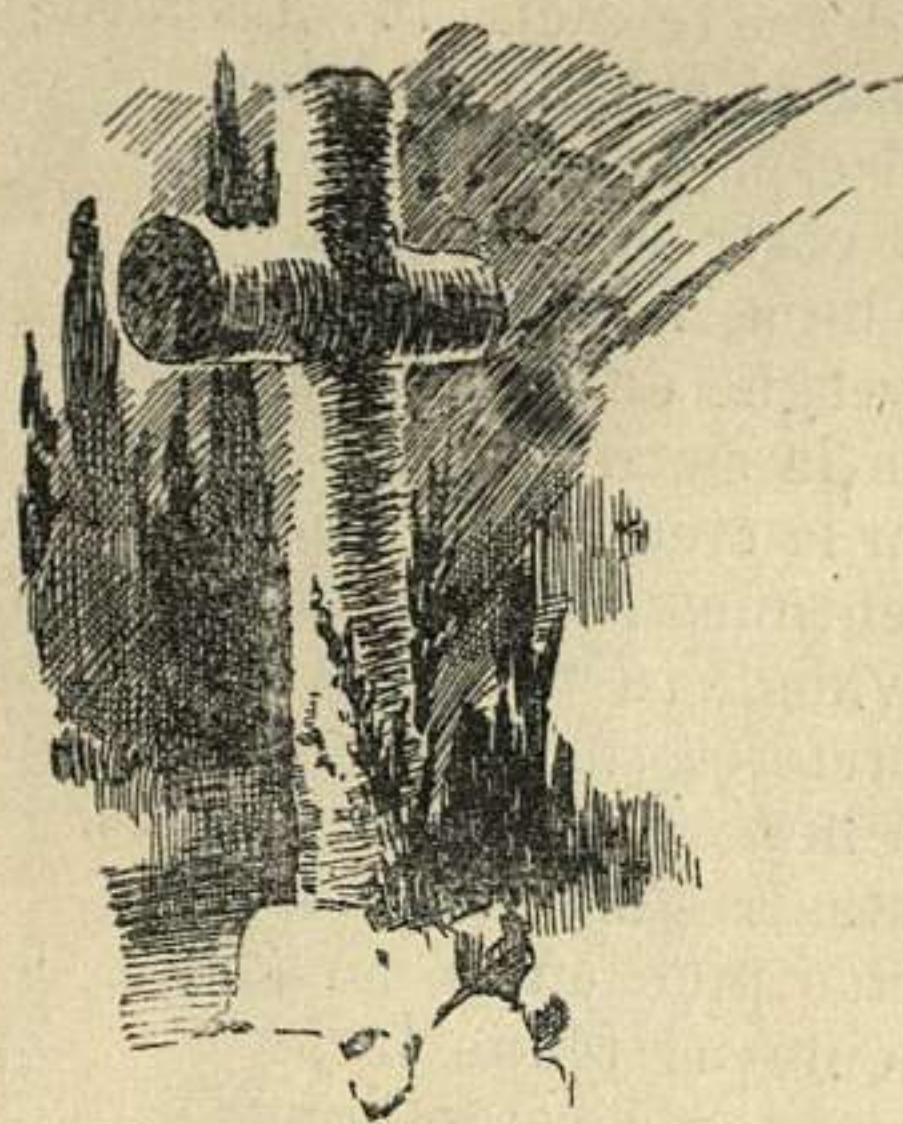


refresca los corazones
 con el musgo de tus alas,
 ¡y llora el pueblo al oírte,
 y se arrodilla y te canta...!
 ¡Navidad...! ¡Bendita seas!
 Reina del invierno ¡hosanna...!
 ¡Tal vez ¡ay! cuando retournes,
 ya no escuches mi guitarra!

El progreso—dios del siglo—
 con su mano soberana,
 tiende rieles en las cumbres,
 tiende alambres en las aguas.
 El pensamiento, conquista;
 los fieles dejan el ara,
 y María no halla lirios
 de su santuario en las gradas!
 Sólo tú, sigues viviendo,
 Navidad, tú nunca cambias;
 y es que tú nos presta lumbre
 para la invernal velada,
 ¡es que tú nos das un beso
 de las dichas ya pasadas!
 ¡es que tú, torcaz de nieve,
 tienes tu nido en el alma...!
 Navidad...! ya dió la una...
 Vete ya... tiende tus alas...
 ¡Tal vez ¡ay! el año que entra,
 ya no escuches mi guitarra!

Navidad, ¿se te ha olvidado?
 En los años de mi infancia,
 fuí feliz jugando mucho
 con tus flores encarnadas.
 Y hoy soy joven, y estoy triste,
 sin amor, sin esperanzas,
 y ya todas mis alondras

se fueron á la montaña...!
 ¿Sabes tú, si el año que entra
 estará mi frente helada?
 ¡Ay! entonces, no me olvides;
 Navidad, no seas ingrata:
 adorna con heno y musgo



mi tumba de piedra blanca,
 cuelga ramitos de pino
 en mi cruz abandonada....
 ¡Has que lloren con tu aliento
 las cuerdas de mi guitarra...!

México, Diciembre 24 de 1887.

José M. Bustillos.

CENA DE YAGABUNDOS.

Aquella noche última del año quise pasarla en compañía de mis viejos vecinos de jergón, los clientes de un dormitorio para pobres de solemnidad, mantenido allá en un barrio por damas piadosas, fundado en una finca, donde al decir de comadres, espantaban, y por eso estuvo dos años vacía, hasta que colgaron de la pata de grulla y frente al estrecho zaguán, una farola con vidrios cubiertos por papel rojo... entonces acudieron los pordioseros vergonzantes, los tahures de baja estofa, los niños desamparados, los padres sexagenarios—reyes Lear de las vecindades—despedidos por sus propios hijos del hogar, y hasta tal cual pecadora en la miseria horrible de tápalo, peinado alto y recompuestos choclos de charol marchito.

Desconocí el asilo, había en la fachada y en el patio farolitos venecianos, guirnalda de pino y heno, cadenas de papel de china y hasta escudos de flores naturales porque una cofradía meritísima obsequiaba á los mendigos con una cena opípara.

La galera como nueva: enjabelgada, pintadas al azarcón las tarimas, sin jergones, vestidas las paredes con ramas de pino, banderas, águilas doradas, unos dos cuadros de bodegón y el San Vicente de Paul de la testera en marco nuevo; quinqués aquí y allá y colgando del envigado un candil de circo, de dos brazos, con sus coronas de luz fuerte, la luz fuerte y cruda de la gasolina.

Una larga mesa para cuarenta personas, con mantel y servilletas cargadas de cloruro y fénico, hileras de jarrones de yeso con flores de papel, platos vidriados con dibujos azules, vasos pesados y gruesos, toscos botellones, trinchas y cuchillos de fierro colado, cucharas de cobre y como intrusas, como advenedizas, como contrastes, en un bote que fué de mostaza, cinco centavos de violetas frescas y olorosas todavía, ¿quién las llevó y las puso? Se antojaban el niño rubio, recién nacido, que aparece envuelto en harapos, entre la basura del mercado.....

Había cocina improvisada, en el fogón extinto tres años cuando menos, ardía la lumbrada nueva, rica en flamas azules, juguetonas, largas al flagelar y lamer las ollas ventrudas, los negros casos, los capaces calderos, los sartenes bulliciosos donde retozaba la grasa frita, ciñendo con burbujas crepitantes la cebolla desmenuzada y las empanadas; por el suelo, botellas de vino rojo sin mambete, bolsas de papel con galletas, pastas, frutas secas y sal molida, latas de sardinas y un barrilillo de cerveza con su bomba, un barrilillo que escurría amarillentos vellones de espuma... y se dilataba y era grato y sabroso en el frío del corredor bañado por la luna, aspirar como el olor de la casa paterna, de la casa propia, del hogar en fin, el baho tibio del café caliente.

Los anfitriones—señoras que gastan diamantes,

y caballeros que usan esmeraldas, y fistol de perlas, y pañuelo con perfume—á punto de partir, hacen los últimos preparativos ¡Dios los bendiga por los siglos de los siglos! se empeñan en parecer sencillos, campechanos, fraternales, se chancan con Ramona la tarda cocinera encargada del “menú” y dueña de un fonducho de arrieros, con Lugarda, Genoveva y Agustina, las mozas, maritornes ó meseros del propio establecimiento; con Avilés, dueño y alquilador—regentea un figón cantante—de las sillas de esparto y de los trastes, y por último con la concurrencia, heterogénea en medio de su sórdida condición; todos somos pobres, y todos distintos, que así es la desgracia, inagotable artista, ¡con una sola brocha de pobreza, cuántos tipos originales creo!

Las damas acomodan aceitunas y pasas en prin-gosas rabaneras, parten en fracciones simétricas los largos panes y usan para ello de los innobles cuchillos tomados de orin, cuya herrumbre parece añeja costra de sangre, vestigio de homicidio; las buenas damas llevan su bondad al extremo de limpiar con sus fragantes pañuelos de lino y encajes, los turbios vasos, donde tantos presuntos delincuentes bebieron la locura, y tantos postergados buscaron el olvido.

Ruido de sillas: nos acomodan, los hombres de un lado, las mujeres de otro, una monja rolliza de ojos azules, con toca y hábito, lleva de la mano



al ciego que debe presidirnos, después se signa y en tanto dice una oración con voz aguda, ata al cuello de éste la acortonada servilleta, cargada de almidón. Debajo de la mesa escúchase un tumulto, son los perros, los perros de los pobres, los pobres que imploran para sí un mendrugo y pueden mantener á un irracional. Cuando alguien trata de expulsarlos, Carmona (a) “el soldado,” toma la defensa diciendo con voz horriblemente opaca:

—Señor, déjelos usted, forman parte de la familia!

Y todos rieron, y aquellos canes flacos, esquivos, desconfiados, reciben de mal grado caricias de manos enguantadas y oyen repetir sus nombres estafalarios.... (Cana, Ojo de Ostión, Babucha, Ratero, La Ronca, La Panela, el Chamuco la Yerbabuena), con voz trémula de mujer decente, temerosa de articular una mala palabra, y los aludidos, profundamente astutos, se retraen para morder, se escurren despechados, parecen heridos en su amor propio, porque rien de sus motes, pues bajo las pieles haraposas de esos azotacalles, hay un instintivo, un profundo orgullo animal.

Nadie habla: los comensales parecen presa de una estupefacción taciturna, cohibidos no pueden adoptar una postura cómoda, que hay diferencia entre una silla y el peldaño, la acera, el quicio, el pavimento que es el sitial acostumbrado de los que no tienen ni casa ni muebles; esconden las manos; las madres—hay dos—ocultan con el mantón descolorido al infante en lactancia.

A la luz escandalosa de la gasolina que ofenden ojos habituados á la penumbra de los templos y á la negrura de la noche, resaltan en toda su expresiva y artística originalidad aquellas testas que fueron digno asunto de Velázquez, Rivera, Rem-

brandt y Goya, porque los presentes no son mendigos de ocasión, sino de raza: mendigos por herencia, vagabundos atálicos que llevan en la sangre aquella levadura que caracteriza al gitano andante, porque los presentes son muestra del hongo social, descolorido, sospechado, del hongo social existente en todos los países y todos los climas; forman una casta aparte y de generación en generación y á través de maravillosas adaptaciones, participan de circunstancias propias de las bestias: duermen como el pájaro, el felino y el reptil, en cualquier rama, caverna á llanada; digieren como el avestruz y el roedor; caducos, estropeados, endurecidos por la anquilosis, tienen la resistencia inaudita del asno vetusto y del caballo viejo; sus pies duros como cascotes, desnudos ó envueltos en hilachos, desafían el cardo, la ortiga, el guijarro, la arena asoleada, el hormiguero, el muladar; sus dueños devoran leguas de calles sin fatiga y alcanzan una longevidad milagrosa: el subsuelo es su elemento; el despoblado su ley, el hoy su única preocupación si alguna tienen, y cabizbajos por la vida, si levantan la frente sucia es para esperar la limosna del piso alto ó para dar gracias á Dios, el Dios de ellos, al que se venera en una capilla ruinosa, sin culto, la capilla del arrabal donde en nicho de rotos vidrios se deteriora un Cristo patibulario comido por la polla, mal clavado á una cruz llena de grietas, mal cubierto por un cendal decolorado, manos y pies

calzados de telarañas que han urdido espesos y sórdidos mitones y grisáceos coturnos.

El ciego “mira” con sus manos lentas; parecen modelar el aire con los trémulos y sabios dedos, sujeta entre las rodillas un bordón; Carmona (a) “el soldado” parece estatua, el pelo al rapé, el cráneo como vieja bola redondeada á martillo, es el único entre todos, que sabe atarse la servilleta, que afianza el vaso á mano llena, pero no á dos manos y sin meter los dedos; sigue el indio de ojos escoriados, pacato como una divinidad, longevo de cien años, cariatide de todos los templos, religioso hasta el fanatismo, lleva al cuello mugroso cordón, y pendiente de él una lámina de cobre en octavo, con una borrosa imagen; “el viejo, viejo,” frente amplia y luenga barba, se sacude presa de una tos pertinaz, el “rompido” pone sobre sus rodillas la muleta y remolinea por la bocamanga de la blusa un muñón lustroso, hinchado, que termina como fruto ópimo, en un apéndice que parece un tallo; el mudo “habla” con los ojos inquietos y se ríe, gruñendo, del “comido,” el hombre sin narices, cejas ni pestañas; el reumático, amarillo como un viejo marfil, tiritado de dolor y de fiebre; la vieja que recuerda á la harpía, masca un rezo; una anciana trémula, de sucios vellones despeinados, parece hilar en el vacío, con manos sin reposo, la hebra luenga de la vida; la ebria abotagada, de párpados orlados por el bermellón, se cae de sueño, y la vista se cansa de tal variedad de máscaras respetables, bufas, trágicas, asquerosas; en todas ellas se pinta el gesto de la desconfianza, los hombres pisan, temerosos de perderlos, sus sombreros, gorras, hongos ó charros de palma, afianzan el plaid, la frazada, el capote, la capa pediculosa, la manta lle-na de lamparones, la colcha formada de retazos;

palpan á menudo la alforja al flanco, exploran las profundidades de la camiseta, blusa ó camisa convertidas en bolsas marsupiales de objetos disímboles que son sus únicos bienes muebles: rosarios, tepalcates, bachichas, papel viejo, trozo de espejo, hilo y agujas, cajas vacías, manojos de yerbas... tapas de tacón.

Humea la sopa en los platos y en el fondo blanco del mantel limpio se descota una dramática aparición: las manos trágicas, á las cuales una vieja costumbre hace presentar las palmas como implorando una limosna. Carmona usa de la cuchara, el ciego se hace servir en la olla despostillada que desocupa de cigarros sueltos y de un organillo de boca; no sabe comer de otro modo; unos á dos manos se llevan el plato á la boca, la mulata tuerta y calva, hunde la faz de simio en el hondo sopero como en una escudilla; el "rompido" sopea todo su pan en el caldillo y entre comensal y comensal aparecen implorando un bocado los perros hambrientos.

—Este pan "está caliente," gruñe el indígena, para quien solamente el mendrugo es pan bueno y sano.

—Este vino tiene agua, murmura el sordo, extrañando la quemadura del aguardiente refinado.

Una parca exhuma "del seno" un rollo de tortillas, y con ella improvisa la única cuchara que sabe manejar.

Beben con sed inextinguible: los platillos siguientes les producen súbita inapetencia, sus paladares se desconciertan, la culinaria decente les produce desconfianza, aquello humea, aquello se sirve por separado y no revuelto y no frío como en las limosnas, se miran los unos á los otros como contestes en la misma intención ¿se vale? y por fin dos se arriesgan y envuelven filosóficamente sus raciones en rotos periódicos para gustarlas á solas, á todo sabor, á otro día, dentro de tres días... y se llenan los bolsillos, escotes, alforjas, pañuelos ó sombreros con terrones de azúcar.

El ciego, debajo del mantel palpa, acaricia, sopesa, cuenta y recuenta las monedas de cobre que guarda en el fajo intrincado.

—Coman hijos, coman de todo, que para eso es, dice la monja.

Y vacían las rabaneras de almendras y galletas en forma de animales; el "rompido" escamotea una cuchara, el mundo se atiborra de aceitunas y se guarda las semillas, la hictérica hace de una servilleta una "muñeca," la moja en vino y la exprime en la boca de su crío.

Sirven el café, y al principio se animan y después se desilusionan ¡no tiene catalán! pero peor es nada, y lo sorben y se ponen en pie y acosan á la que reparte los cigarros aun quienes no fuman; los guardan entre cuero y camisa, detrás de la oreja, entre las greñas, algunos deshacen el pitillo y lían uno torcido en el papel recogido en el arroyo.

Debajo de la mesa crujen las mandíbulas poderosas de los canes que riñen y alborotan ¡pobres inocentes, que disfruten también! y cabecean, vencidos por la atmósfera confinada, ellos, los habituados á dormir al aire libre.

Carmona impasible, insaciable, monda á conciencia hasta pulirlo y dejarlo limpio, un hueso y después lo tritura y chupa; el ciego la emprende de nuevo y mete la mano en la olla de sus ahorros alimenticios, y al tacto, sin fallar, escoge las papas fritas, que son de su agrado, y siempre á escondidas, guárdase bajo la axila, en una bolsa secreta, un pan mordido, un pan negro, un pan de hace tres días, un pambazo, y dijérase que advina la mirada de envidia, de invencible gula, con que sigue ese mendrugo el indio santurrón, quien á final de cuentas ha comido mucho, pero en realidad no ha cenado, nada le ha sabido....

—Hemos terminado—dice la monja—rezaremos hermanitos, un Padre Nuestro, en acción de gracias al Todopoderoso, á Dios Padre, á Dios Hijo, á Dios Espíritu Santo, que tenga misericordia de nosotros, que en este año que termina....

(Repiques, cohetes, ladridos, músicas á lo lejos).

y que en el que comienza nos sea dado merecer sus gracias y acuda con el sustento...—y la hermana habla en el profundo silencio, donde resalta el incansable roer y masticar de los perros; todos estamos en pie, mirando al piso, al santo, á los cuadros de bodegón.—Con el sustento y la salud—prosigue la monja—en compañía de los nuestros.

Y sin saber por qué, le acomete incontenible nerviosidad, y solloza.

—¡Amén! responden cuarenta voces cascadas, cuarenta voces disímboles, cuarenta voces dramáticas y plañideras, expertas en la modulación que increpa y mendiga. cuarenta voces que infunden pavor, cuarenta voces capaces de emitir todas las notas del dolor humano.

—¡Amén!

Y reina de nuevo el silencio é inicia la hermana el Padre Nuestro, y antes de que el coro salmodie la respuesta, clama una gran voz irritada, gritona, rompe en escandaloso alarido; es el ciego con el bordón en alto, afianzada la muñeca del santurrón indígena, lanzándole á la faz estas palabras:

—Ah, ladrón, me has sacado de la bolsa mi pan, mi pambazo, ó me lo devuelves ó te mato....

—Yo no fui....

—Yo "te he visto".

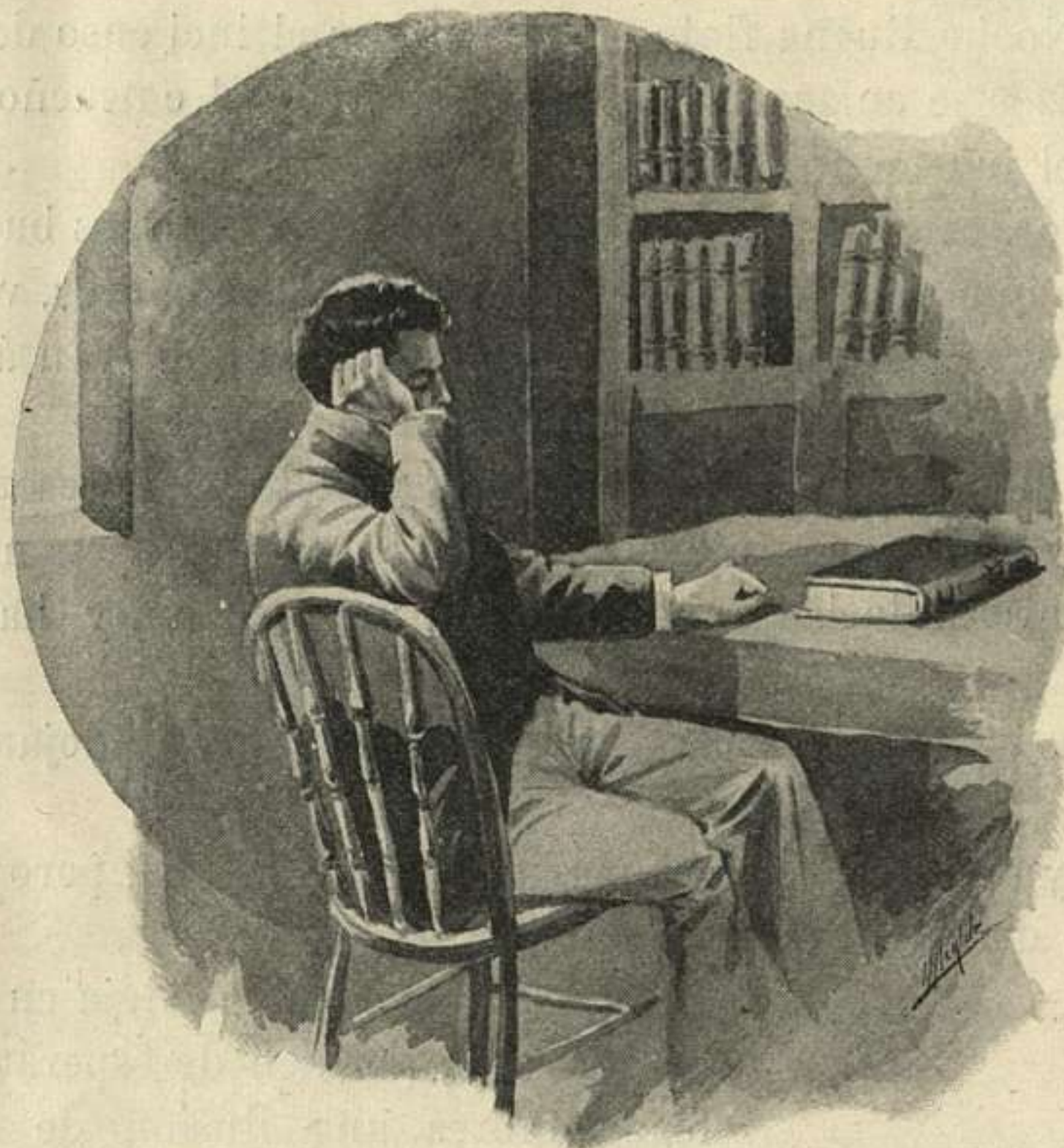
—Te lo compro....

—¡No lo vendo!

—¡Por caridad, hermano!

—No quiero.

Y forcejean—frente á una mesa que rebosa viandas—por el pan negro, duro y frío, por el "pan nuestro" que imploran, en sus loas y romances, por el único pan que soñaban roer á solas, á escondidas, lentamente, con fruición, en desdoblado, por el pan del mendicante, por el mendrugo.



LA NOCHE DE NAVIDAD.

Desolado en mi cuarto de estudiante; Sin hogar; sin amor, y sin abrigo, con los cantares de la calle sigo, un recuerdo adorado por distante.

La antigua chimenea en su redor congrega la familia, el gato amodorrado ronronea, y el cariño, que todo reconcilia, hace feliz ese girón de aldea, que en breve marchará piadoso á misa, y mientras suena la postrer llamada, el abuelo entretiene la velada, y el leño va soltando la ceniza.

¡Como el tiempo me hiere; como el dolor florece y fructifica...! la ilusión en otoño se nos muere, y en invierno la noche significa.

La antigua chimenea, el tosco leño que convulso ardía, aquel girón de aldea que la plática entonces divertía... todo se halla distante, todo llora por mí, todo me nombra, y cual mi obscuro cuarto de estudiante, mi hogar por mí, se encontrará en la sombra.

¡Noche buena! qué alegre me sonabas; cómo hiciste feliz á mis hermanos... siempre alegre y contento, si llegabas,

siempre triste y doliente, si pasabas, siempre blanca en las cumbres y los llanos.

Ahora aquel sudario, blanco, más blanco que la edad aquella, va cayendo en el pecho solitario, como si fuese un desengaño d'ella.

Y tú sólo, mi cuarto de estudiante; tú que me das obscuridad y abrigo, á tí se acoge el pensamiento errante, y del hogar, pensando en lo distante, mientras cantan allá, llora conmigo.

MIGUEL PEREIRA.

LOS SANTOS REYES Y EL NIÑO MALO.

Aquella tarde, el pequeño Juan había estado jugando con Robi y Chofi, hijos del dueño de la casa.

Aunque sentía en el cuello y en los bracitos las escoriaciones producidas por los arneses con que hizo de mula y de caballo, y en la espalda el escozor causado por uno que otro latigazo recibido "de veras" en el entusiasmo del juego, el pobre Juanico recordaba con gusto sus carreras de esa tarde, como recordaba también que aquella noche, según le habían dicho Rodrigo y Chofi, recorrían la ciudad los Reyes Magos, repartiendo á los niños buenos, juguetes y muñecos que ponían dentro de los zapatitos dejados fuera de la alcoba.

Todos dormían en la pequeña pieza destinada á la portería de la grandiosa casa, sólo Juanico pensaba y pensaba. Decía para sí que él no era malo, que procuraba no disgustar á sus padres aun en los días en que después de comer, sentía hambre, aun en las veces en que tiritaba de frío cuando la colcha con que se cubría por las noches, estaba en la casa de préstamos. Recordaba que su maestro lo había distinguido dos ó tres ocasiones con caricias y que ni daba guerra ni era desaplicado.... Pensaba, después, en su toro de cuero á quien quería tanto (el único juguete), "pero, decía, lo seguiré queriendo, aunque los reyes me den un torito de carne que corra y que diga ¡uuuu!"

Y Juanico, con el cuerpo tembloroso, dejó su humilde lecho y caminó poco á poco, extendiendo los pequeños brazos, como para rasgar el tupido velo de las tinieblas. Se dirigió á la puerta, llegó á ella y cautelosamente quitó la tranca. Un rayo de luna iluminó la pieza, rayo que suspendió los latidos del corazón de Juanico ante el temor de que sus papás se despertaran. Escuchó ansiosamente: la tranquila respiración del sueño no se interrumpía; pero afuera un ruido parecido al andar de alguien; por entre las barras creyó ver fantásticas sombras que se detenían frente á la recámara de Robi y de Chofi, y entonces, con la emoción más grande, temeroso de que los Reyes lo sorprendieran colocando su zapato fuera de la puerta, precipitadamente lo hizo, no sin notar á la luz del blanquecino resplandor de la luna, que aquel pequeño zapato, roto, parecía reírse con una expresión que no pudo definir, pero que le causó profunda tristeza: la expresión del sarcasmo.

Ya en su lecho, temblando aun, logró dormirse... ¡Qué preciosos juguetes y cuántos tenía! Los más llamativos que había visto en los grandes escaparates de las tiendas, estaban á su alcance, y no sabía cuáles tomar; los contemplaba solamente, hasta que haciendo un esfuerzo, alargó su brazo en dirección al más precioso. Despertó en aquel momento, buscando lleno de ansia y sobresalto por toda la pieza las ilusiones de su sueño. ¡Nada, todas se habían evaporado, sólo aquel toro de cuero parecía verlo fijamente!

Recogió su zapatito que, abandonado, estaba á pocos pasos de la puerta, y muy triste, se lo calzó, pensando en si sería malo.... Sí, ¡era malo! Al dar los primeros pasos de aquel día sintió un agudo dolor en la planta del pie izquierdo; quitóse el calzado y vió con los ojos llenos de lágrimas, que los Reyes Magos le habían dejado algo: un clavo que le lastimaba dolorosamente.

El apesarado Juanico, de rodillas frente á la imagen de palo que se hallaba en el fondo de la pieza, rezó sus oraciones de la mañana y le ofreció á la Virgen que en adelante sería más bueno para ganarse el aprecio de los Reyes.

¡Pobre criatura, ignoraba que los Reyes Magos llaman niños malos á los pobres!

J. M. ROSALES.

NAVIDAD

ANTA la humanidad una estrofa de sus triunfos.

Por sobre las estrellas flota un manto de infinita sombra; tal flotaba por sobre los brillos de la vieja edad la negrura espantosamente profunda de la irredención.

La humanidad está arrodillada, con los brazos y los ojos en alto, entonando el enorme coro de la vida; y en otro tiempo llevaba la frente hácia el suelo y caminaba absorta en el silencio de la muerte.

Y fué que Jesús nació y una estrella puso un grito de luz sobre las sacras ruinas.

Desde entonces los hombres levantaron los ojos y peregrinaron sobre las huellas de los orientales magos.

El poema es sublime por la diversidad de ensueños en que nos arroba cien veces cada siglo.

De cada Navidad queda un recuerdo que hacemos poético á medida de la gratitud que tengamos para la vida.

La vejez hace lo que el sol: mientras forma un ocaso en este hemisferio, abre un abanico de aurora en el opuesto. Por eso la Navidad del viejo se concreta á llenar de besos las cabecitas rubias de los niños.

La Navidad de la juventud es el girón de un poema de amor casto. Blanco como la nieve; tibio como la alcoba del hogar dichoso. La barba luenga del padre Tiempo ondea á guisa de bandera de paz y de alegría; no su blancura recuerda el color de la mortaja, ni el de los semblantes exangües, y sí se antoja un desflecado de velo nupcial.

La Navidad es la frase nunca dicha y siempre pensada en el Amor; es la línea de puntos suspensivos que hace sonreír los labios de las vírgenes.

Por eso en la alegre Noche Buena flota en los salones el incienso de cariños. Rumora en los oídos femeninos la palabra anhelante de la pasión; los brazos se enlazan á los talles, el velo del ensueño arrastra su acorde y la pareja baila, baila y sonríe, baila, sonríe y dice en voz baja el juramento sublime.

Allí nace otro Redentor, otro Jesús, otro generante de cuanto es bueno: el Amor.

¡Oh, las pobres almas que no han tenido su Navidad! Irredentas, vayan sobre la tierra como la raza que perpetró el crimen.

¡Ay de esas almas! Verán pasar la procesión de los reyes que van á rendir culto en la sagrada ruina; pero les llamará más la atención el oro y la pedrería que los coronados llevan á poner á los pies del recién nacido.

La Navidad de los niños es un árbol milagroso que da por frutos increíbles polichinelas, resonantes tambores y espléndidos paquetes de dulces.

Tiene flores y son flores de luz; tiene escarcha y nieve y son nieve y escarcha que no detienen el curso de la sangre ni fustigan el rostro ni matan.

Para los niños, Jesús nace como nace al sol: sonrosando las nubes que son un ensueño, y haciendo tibiezas, que es un don del regazo materno.

Se les habla de un buen viejo que va en plena fiesta de la luna, recorriendo los hogares y dejando un sin fin de juguetes dentro de pidigiños zapatitos....

Quien sea ese viejo les interesa poco; es bueno, y eso les basta; es Navidad de una dicha, pero no saben que como esa dicha fué pregonada otra, cuando el orto del Sublime Filósofo.

La fiesta de Navidad deja en el cerebro de los niños un germen de esperanzas; en el de los hombres una ilusión de hogar, en el de los ancianos un monumento de recuerdos.

¿Y el poeta, y el mendigo y el huérfano? ¿Qué Navidades pasa esta trinidad que va por el mundo arrastrando su clámide de infortunio?

El poeta, el eterno mendigo de la gloria; el mendigo, el huérfano eterno de la dicha; el huérfano, mendigo del cariño y poeta que va entonando una canción trisísima acompañada del rumor de un sauz que besa las cruces de dos tumbas.

El poeta rima la estrofa de la Navidad evocando á los que se han ido, porque faltan al festín de la gloria soñada; el mendigo sabe que nace Jesús, porque en la mano que tiende para implorar limosna, le cae un copo de nieve; el huérfano ve la Navidad á través de la muerte...

Pero siga la adorable Noche ungiendo al mundo con su poesía. Vaya el pueblo acordando en la vihuela todos los cantares de que es dueño, para que Jesús baje á la tierra rumorosa de alegres murmullos.

Que en el templo se levante el himno que saluda al recién llegado; que un torrente de luz y aromas místicos se escape por las puertas que de lejos se miran co-



mo arcos triunfales que el fuego ha taladrado en la sombría mole de los muros. Que todo sea regocijo, que en el hogar. . . . Ah, pero hé aquí un cuento del hogar:

Estos eran tres hermanitos á quienes sus padres habían dado en llamar los tres Reyes.

Habían llegado del más bello de los orientes, el oriente del amor, y traían á guisa de joyas, sonrisas; luz de miradas puras, en vez de brillos de pedrería; y perfumes de cariño, en lugar de olores de ambar y de incienso.

Los padres eran felices, y apenas sí habían peregrinado para que naciera su Amor.

En la placidez de aquella vida llegó una noche de Navidad. La cena fué suntuosa; presidía el último de los "reyes", mientras cuidaba el tesoro de dulces un polichinela encascabelado.

Los otros dos monarcas faltaban á la etiqueta palaciega, porque el uno tenía en estrecho abrazo á un caballo de cartón, mientras el otro no cesaba de amenazar á los comensales con cierto fusil terriblemente inofensivo.

En el centro de la mesa estaba el árbol de los fantásticos frutos: un Noël, atado por la cintura, pendía de las ramas y con rítmicos balanceos, paseaba los ojos, escondidos bajos gruesas pestañas nevadas, por sobre los manjares, por sobre los pavos de cuello erguido y mota de lechuga en el pico.

Veía la fuente de clásica ensalada y se antojaba creer que no la veía con gusto: era como un lago de sangre que una exquisita ferocidad hubiera querido hacer para solaz de los malos instintos, y Noel es el más acérrimo enemigo de la sangre, porque siempre ha vivido entre las nieves.

Los padres de los "reyes", se multiplicaban haciendo los honores: ya era librar á un cachete sonrosado de algún atrevido dedazo de salsa, ya defender una alba túnica de los salpiques de sangre de una remolacha herida, ya exhortar á la paz "entre los príncipes cristianos", que se disponían á empeñar descomunales guerras, por alguna terrible ofensa inferida al polichinela, ó al caballo, ó al fusil.

En lo alto de las torres sonó la primera esquila, llamando á la "misa de gallo". Bajo el cielo diáfano de la noche, la ciudad comenzó á agitarse.

En la alegre cena de los "reyes", fué haciéndose el silencio. Las flores de luz del árbol fantástico se marchitaron. El mago que presidía, posó la cabecita rubia sobre el tesoro de dulces, y el polichinela sonriente se puso á besarle un bucle de oro. El caballo de cartón rodó al suelo, y el fusil quedó abandonado sobre el campo de batalla. Los padres de los reyes sonrieron satisfechos, y pasó un beso silencioso, volando con las alas de los inefables recuerdos.

Después el sueño tendió su manto sobre el hogar.

Mientras, el padre de los "reyes" soñó: Era una montaña fértil y hermosa; en lo alto se erguía la ruina de un portal y sobre ella se posaba el buho de la leyenda. Una estrella de plata pendía de las ramazones de un pino.

El buen soñador veía el paisaje con todas las peregrinas deformidades que luce un "nacimiento". No faltaba ni la locomotora majestuosa, ni la humilde acémila; había una cascada de vidrios despedazados y un molino de viento con las aspas movidas por vapor, un río de papel de plata y una nevada copiosa que había caído sobre un jardín cuajado de flores.

Y trepando por una vereda imposible en la montaña, venía una multitud de pastores...

Y á la cabeza de la procesión marchaban los reyes, los reyes radiantes de hermosura, eran los tres hijos de aquel buen hombre, con sus cabecitas rubias y sus sonrisas de felicidad. Uno llevaba en brazos al polichinela; otro cabalgaba en un rocín de cartón y el último seguía amagando á la multitud con su fusil inofensivo...

Y en todos estos ensueños de una Noche Buena, hay sólo una realidad: pasa la peregrinación de lo humano ante lo impasible de los tiempos, como los peregrinos de la Judea ante el estoicismo de la Esfinge.



(Acuarelas de ALCALDE, OLVERA y GODOY.)

(Fotocromograbados de LORENZO RIOS y URIEL HERNANDEZ, ejecutados por primera vez en nuestros talleres.)

Luis Rios Hernandez



TRISTE NAVIDAD.



Y ese encanto del hogar, que trajo consigo tantas alegrías, que prodigaba tantas sonrisas y que aprendió tan pronto á decir "papá", agitando sus manecitas, ese niño se moría... A la estancia, iluminada tenuemente por una veladora, llegaban los rumores de las fiestas y los cantos de los felices. Los padres, junto á la cama, contemplaban silenciosos al pobre niño, que iba siendo devorado irremediamente por la cruel fiebre. ¡Tanto afán! ¡tantos cuidados...! esa materialización de sus amores, que llegó del cielo como una bendición de Dios, agonizaba penosamente, y los padres sentían que la desgracia los hundía en las sombras de la tristeza, cuando todos los humanos esperaban felices el nacimiento de Jesús.

Esa noche tan hermosa, esa noche de recuerdos, en la que los niños aman más el regazo cariñoso de la madre, la noche en que los jóvenes, rodeando la mesa suntuosa y cargada de luces, fijan con más ardor su mirada en la tierna prometida, en que los ancianos recuerdan á los se-

res queridos muertos muchos años ha, esa noche, sorprende á dos padres doloridos, de pie, junto á una cuna, contemplando al niño que se va...

Como todos se divierten, ellos están solos porque sufren, la humanidad tiene una hermosa perspectiva: va á nacer Jesús, el mundo está de fiesta, ellos están inmóviles, el uno junto al otro, solos con su dolor, en un ambiente de luto.

San Silvestre llena su talego con los regalos para los niños buenos, se pone su abrigo de pieles y se prepara á recorrer el mundo; en los templos se agolpa la multitud; dan las doce; sale el oficiante; las campanas lanzan sus alegres notas; en los hogares crece la alegría; de la tierra toda se elevan al espacio cantos de júbilo, como unánime "Gloria in excelsis"; ¡nace Jesús...!

Y la madre desvanecida, cae en los brazos trémulos del esposo lanzando un supremo grito de dolor... ¡El niño ha muerto!

Elias R. García.

NAVIDADES.

ALFA.

Soy la eterna inspiradora de los sueños inocentes,
Y acaricia mi quimera los cerebros infantiles
Ya forjando hacinamientos de tambores y fusiles
O sonrisas inmutables de muñecas balbucientes.

Con las manos enlazadas y actitudes penitentes
Los pequeños hacen votos por mi arribo. Sus gentiles
Oraciones se desgranán implorando mis perfiles
Que son blancas alboradas en el cielo de sus frentes.

Soy el ángel bondadoso que sus pasos torpes cuida;
Soy el rayo de esperanza que magnánima y serena
Va regando sus quimeras en las almas donde anida;
Soy el himno del ensueño, soy la estrofa Nazarena!
Y es por esto que me llaman la Eucarística, la Buena,
Navidad que brinda sueños, Navidad que riega vida.

OMEGA.

Soy la eterna inspiradora de los sueños inmortales
Y acaricia mi quimera los cerebros decadentes,
Despertando remembranzas de caricias inocentes
Y memorias sempiternas de plegarias maternas.

Con las brumas del Invierno se fabrican mis sendales.
Y á mi beso, se despiertan los recuerdos igniscentes
Ya de muertos, siempre buenos, porque son de los ausentes;
Ya de vivos, siempre ingratos, porque son de los mortales.

Yo no traigo en mis alforjas venturanzas ni ilusiones,
No derramo en mi camino más que nieves abundantes
Y en las notas apacibles que desgranán mis canciones
Suenan graves los acordes de salmodias tremulantes.
Y es por esto que me imploran los ancianos corazones:
Soy Noel, un viejo amigo de las almas caducantes.

José F. Elizondo.

CUADROS SIN MARCO.

EL MEJOR AMIGO.

Era una alma buena de verdad. Sin embargo, —acaso por esto mismo, por ser así como era,— no tenía más que un amigo que sabía amarle y serle fiel: León, su viejo perro, que él había recogido y criado con cariño de padre, á falta de otro mejor ó peor sér á quien amar.

Y era cosa natural y muy humana esta leal amistad de perro y hombre. Porque, huérfano éste de toda orfandad,—pues por único regazo había tenido el del hospicio á donde van los frutos malditos de los vientres adúlteros,—no encontró, aparte de su perro, nadie, absolutamente nadie, ni un mal corazón que aceptase las leales afecciones de su alma buena, sedienta de purezas y sinceridades de amor.

Por eso, todo el que él guardaba en lo más hondo de su sér, lo consagró á su viejo perro, que, mejor que todos, le quería, le acompañaba y le servía.

Murió. Yo ví marchar su féretro de pobre, solo de toda compañía humana; pero seguido por su único y mejor amigo, el leal y viejo perro. Y, cuando algunos días después volví á la silenciosa casa de las tumbas, el supulturero me contó de un perro, muerto de hambre sobre el montón de tierra que cubría los restos de aquel que sólo á él había amado en esta vida, en que ya no se ama más que el oro.

EN EL CIRCO.

Gusto, en veces, de ir al circo á ver á los gimnastas, que son unos como artistas del músculo. Sí, artistas; pues en verdad, este título de artistas, les es á muchos de aquellos perfectamente propio.

Sin duda, estos artistas "tienen raza". Hay en todos ellos un desprecio tan absoluto para la vida, que hace pensar en los antiguos gladiadores, si más expuestos, no más valientes que estos, que poseen seguramente ese que se ha dicho valor tranquilo de los héroes. Y lo poseen con una indiferencia estoica, bien que, á la vez, orgullosa. Luego, hay en sus músculos la flexibilidad y la destreza, la seguridad y la fuerza, á un mismo tiempo, de una como ciencia gimnástica, maravillosa á los profanos, á los no iniciados en los secretos del salto, en los descoyuntamientos de los miembros hechos goznes, de las contorsiones musculares, á modo de humana goma elástica; y, sobre todo, esa impassibilidad admirable ante la muerte, profunda, al parecer, y bien sentida, que á las veces pone el miedo en las mejor templadas almas.

Yo comprendo á estos artistas pújiles con más íntima comprensión que el valor militar armado, en presencia de un enemigo formidable; porque aquellos sólo visten, por toda arma, la coraza de las sedas brillantes ceñidas al bien formado cuerpo, ante el vacío siempre amenazante, en el alambre sobre el aire, en el trapecio sobre el aire, en la barra fija en tierra, y no por eso menos llena de peligros, de los amagos terribles del vértigo, y ante el vacío siempre, y siempre sonrientes.

Digo así, que si el barrista es admirable, el joven jockey no lo es menos; si el japonés equilibrista va de bracero con el aire, el trapecista anda y do-

mina en el vacío. Y de esta suerte, cuando el uno está á punto de matarse, el otro parece á cada instante que ya es muerto.

Por lo demás, parece que ninguna celebridad, pequeña ó grande, muera ya, como cualquier gimnasta, en la brecha, en puesto de peligro. Se prefiere el lecho,—algún blando y tibio de burgués acomodado—para acabar tranquilamente.

Id, pues, al circo, señores del día,—célebres ó no,—á ver cómo se aprende á despreciar la muerte y caer, cuando se cae de pié, "sobre el escudo."

MARIO CENTORE.

EN UN HOSPITAL.

Tabernáculo abierto de dolores
Que ansía echar el mundo de su seno,
Como la nube al estruendoso trueno
Que la puebla de lóbregos rumores;

Plácenme tus sombríos corredores
Con su ambiente impregnado de veneno,
Que dilatan en su ámbito sereno
Los males de tus tristes moradores.

Hoy que el dolor mi juventud agosta
Y que mi enfermo espíritu, intranquilo,
Ve su sueño trocarse en hojarasca,

Pienso que tú serás la firme costa
Donde podré encontrar seguro asilo
En la hora fatal de la borrasca.

Julián del Casal.

NOCHE BUENA DE ROSALINDA.

¡Noche buena!

En la atmósfera flota la alegría. Huele á pino, á heno. Los escaparates arrojan su luz blanca sobre baldosas y transeúntes, y ostentan en tentadora colocación los aguinaldos. Los hay para todos. Para el chiquitín rubio, pelotas y polichinelas, máquinas de vapor y teatros diminutos; para alguna princesita de seis años, bebés muy bien vestidos, que andan, dicen papá y mamá y cierran los ojos cuando se acuestan; para la bien amada, cajas elegantes, bolsas de raso con bombones; también para la esposa santa y buena, compañera incansable y abnegada de la vida, y para la madre, la viejecita de cabellos de plata, para todos los cariños, para todos los afectos, para todo lo que hace santa y buena la existencia.

Los carruajes van y vienen por las calles elegantes con primorosa carga de damitas, recostadas en los cojines del testero, muy envueltas en pieles y abrigos. Las mejillas coloreadas por el frío que latigüea, forman artístico contraste con la poética palidez de la noche de pascuas.

La gente, regocijada, discurre por las calles, con la visión persistente del hogar y con el anhelo de la felicidad en común. Por los bolsillos de los largos sobretodos de moda, asoma de expofeso el cartucho de dulces. En los pescantes de los coches, ramas de pino y montones de heno, todo para el árbol ó para el nacimiento, anuncian la alegría de una casa, el solaz de unos niños, de los que van en el mismo carruaje, parlotando entre risas que se escapan y ascienden hasta el cielo estrellado como parvada de aves celestes.

Y ahí, en uno de esos establecimientos lujosos, alumbrados á "girno", henchidos de gente feliz, ahí está Rosalinda, la dulcerita, una muchacha fresca y lozana como una primavera, hoy más bella que nunca por el trabajo que enciende su rostro y hace palpar su virginal y misterioso seno.

La muchacha no se da abasto. Despacha ahora á

un papá rodeado de chiquillos que piden cuanto hay; después sirve á un novio que se aleja feliz, llevando su mercancía como un tesoro, y luego á un grupo de mujeres que van mostrando los dientes intensamente blancos encuadrados en los labios sensuales intensamente rojos. Rosalinda atiende á todos afable, agradece frases cariñosas y soporta frases malsanas. ¿Qué va á hacer la pobrecilla?

El desfile de parroquianos continúa, el trajín crece por momentos, parten y vuelven marmitones con cestos vacíos y con cestos llenos de pasteles y dulces. Las horas transcurren, suenan las doce, el movimiento disminuye, disminuye hasta cesar. Ya pueden irse á dormir las dulceritas, y cogiendo sus tápalos, se desparraman por la ciudad, en cuya atmósfera flotan fragmentos de armonías y girones de risas.

De prisa, muy de prisa marcha por la acera, tiritando de frío, un tanto miedosa de borrachos sueltos y calaveras de oficio que de seguro le cruzarán el rostro con galanterías ultrajantes é infames. Va Rosalinda sola porque la madre se halla enferma, moribunda casi, en miserable tugurio de una casa de vecindad de barrio. Rosalinda quisiera tener alas para entregar más pronto á la anciana el jornal ganado, lo indispensable para no morir de hambre al día siguiente.

Pasa un grupo. Rasguea una guitarra maestra mano y una canción triste que cuenta perfidias y traiciones en versos malos y pensamientos hondos, sale de una garganta de tenor. El grupo avanza, compónenlo dos ó tres parejas, mujeres y hombre ebrios. Rosalinda siente un vértigo de atracción por aquello, ante el abismo del vicio tiembla y desecha aterrorizada un pensamiento trágico. Todavía la visión de un deber la retiene. Había envidiado á las mujeres esas, como se envidia siempre lo ignorado.

Al fin llegó: á su casa. Entró al cuarto destaralado y húmedo donde la madre, clavada por la enfermedad que le consumía la vida, la esperaba entre temores y angustias, sabiendo de memoria la eterna historia de la caída de las mujeres pobres,



como que era la suya propia. Severamente preguntó á Rosalinda por qué llegaba á esa hora, y tranquilizada con la respuesta de su hija, inquirió si había cenado ya.

—Sí, én la dulcería, con las otras muchachas, hubo vino y pasteles, la dueña era muy buena.

—¡Vaya! Acuéstate que mañana tienes que estar temprano. Dios te bendiga.

Desnudóse la muchacha y se metió en la cama. Apagó el miserable cabo de vela y trató de conciliar el sueño. No pudo, ¿por qué estaba hoy más triste que nunca? ¿por qué se sentía más miserable que antes, y por qué los sollozos se le anudaban en la garganta y se le oprimía de dolor el corazón? ¡Ah! Porque la habían colmado de felicidad ajena, porque aún le zumbaban los oídos de escuchar tanta palabra tierna y tanta desbordante alegría, porque hoy más que nunca la pobrecilla pesaba su desgracia al comparar su vida con la de los burgueses á quienes servía. Recordó á los niños mimados por el papá, y en el vistazo que arrojó á su existencia, jamás miró á un hombre á quien llamar papá, hija de placer, desde que tuvo uso de razón no vió trabajar para ella sino á la pobre anciana que dormía en el otro rincón del cuartucho, todavía era joven y guapa, la miseria que le trajo esos que la hacía escupir sangre, la avejentó, la aniquiló, hasta imposibilitarla para seguir luchando, fué cuando comenzó ella misma á continuar la lucha. ¡No! Nunca entró de pequeña á las dulcerías, las miraba desde fuera y tenía tal conciencia de que no entraría nunca, que ni por las mientes le pasó intentarlo, lo que por otra parte muy sin cuidado la tuvo, que los dulces corrientes eran su delicia y no se atrevía á asegurar si supo ó no que en aquellos palacios vendieran golosinas. Después, vino á su memoria el novio á quien vendió una bolsa de raso de las más finas. ¡Qué feliz debía ser! lo mismo que la novia, de seguro alguna de las señoritas que dejan el carruaje á la puerta para entrar á beber una soda. ¡No, no había tenido novio Rosalinda! Enamorados sí, allá en el trabajo, señoritos engomados y tontos contra quienes la aconsejaban mucho las compañeras y su misma madre, quien un día que Rosalinda le pidió permiso para ir á un baile con una compañera que la había invitado, la riñó duramente, al mismo tiempo que dos silenciosas lágrimas rodaron por sus mejillas estragadas y secas.

—¿Pues qué son malos los bailes?

Y al candor divino de la obrerita contestó la anciana con un beso en la frente.

No, no había venido aún su príncipe encantado, el enamorado ideal con que sueñan las mujeres de quince años. En su lugar muchos hombres vulgares, toscos y burdos que no dejaban oír las declaraciones románticas que embelesaban á Rosalinda en sus novelas, sino frases crudas que la enrojecían, que la hacían llorar lágrimas de coraje al mirar su impotencia de mujer para castigarlas: ¿por qué va usted tan solita? "¿vive usted muy lejos?" "¿no quiere usted que la acompañe?"

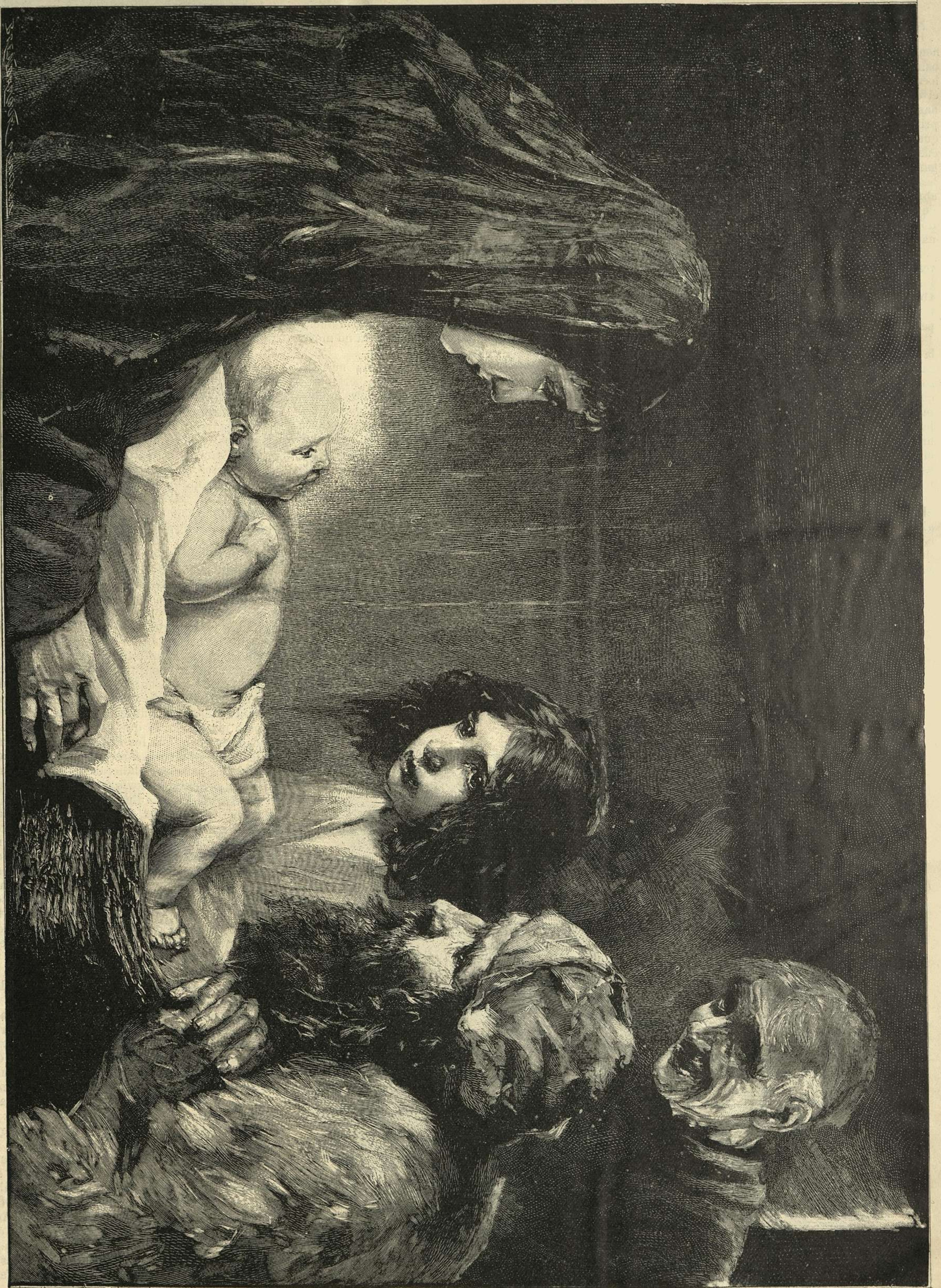
Las mujeres de dientes intensamente blancos, por fatal asociación de ideas, se presentaron en su imaginación. Aterrada se acurrucó en las sábanas y desechó de nuevo el pensamiento trágico. Dormía ya, su seno virginal palpitaba dulcemente. Adorable, en aquel lecho de miseria su pureza era digna realmente del príncipe encantado de sus sueños.

¡Noche buena! Cristo había nacido y desde el cielo tenía para ella una sonrisa de amor inefable y dulcísima.

México, Diciembre de 1901.

José J. Gamboa.





LOS PASTORES ANTE EL NIÑO JESUS.

Noche Buena

Te espero, Virgen mía, espero tu llegada en la noche de mi vida, para redimir mis penas, para refrescar mis secos labios, para ver la luz en el fondo de tus ojos—muy lejos, invitando deliciosamente á ir hacia ella, á vencer la sombra y á fortificarse en al contemplación de la claridad divina.

Noche Buena...

¿Cuándo lo será mi vida? ¿Cuándo sonará la hora? ¿Cuándo detendré la marcha y caeré de rodillas ante la pureza de tu cuerpo y la hermosura de tu alma?

¡Oh, Virgen prometida, que en tu seno concebirás al redentor! ¡Oh, Virgen! mi noche está esperando...

¡Noche Buena!

De las paredes del templo se destacan como fuentes de luz las ventanas y dejan caer chorros de claridad sobre la llanura helada; el cielo luce todas sus estrellas y la tierra está vestida de blanco; hay en el aire obscuro de la noche diluido un ensueño.

De la puerta radiante salen, vibrando de esfuerzos y ternura, las parejas divinas hacia el hogar, en donde hay un fuego, un prodigioso fuego á cuya luz es grande el menor gesto y augusta la más débil palabra, un fuego ardiente que se propaga en caricias y da al espíritu adivinaciones y á la carne eternidades. Un fuego que arde mejor: la Noche Buena...

¡Y cuántos solitarios!

Sobre la nieve marcha hacia el templo una triste multitud fatigada de ocios á la que impulsa una profecía; camina lentamente en silencio; avanza con la espalda corva como si no pudiera eruirse ante el camino. Cuando cae sobre ella la luz que vierten las ventanas parece que la luz caliente y, aligerado el paso, penetran al templo como á una esperanza y los abandona hecha lágrimas la nieve que cayó sobre ellos.

El ámbito semeja el de un palacio maravilloso al que debe venir algo tan inefable que la expectación sofoca.

Llegará el anunciado, el que viene á devolver á los suyos el paraíso. El prometido en el reposo de los hastíos por el Dios de los combates.

Llena el ámbito la plegaria estremecida y ferviente que ya alaba al que va á venir, que le ruega no frustre el anhelo, no retarde la llegada.

Se espera un milagro.

Una alegría intensa como una embriaguez va arrebatando los espíritus hasta que da la hora.

Y el milagro se realiza: El llega.

De una madre virgen, en la mitad de la noche, sobre la desnudez de un abandono, nace El que es la Luz y la Abundancia.

Un coro angélico lo arrulla y le da calor el soplo ardoroso de las hermosas bestias.

¡Hosanna! ¡Hosanna!

Se eleva clamoreando un repique glorioso, palpita y se dilata una nube blanca de aromas; un regocijo estremece al templo y á las almas; la multitud se postra embelesada, llora de gozo bajo la atmósfera que difunde el que aparece.

Entre las voces del repique, los aromas, los fulgores de los cirios y el goce de la tierra, más poderoso que la voz de las esquilas, más fragante que el incienso, más luminoso que las flamas, llegó el concebido por una virgen pura, el Dios Niño de ojos de dicha, de labios de amor.

El redentor de los pecados, el que viene á vencer doctos, á fustigar mercaderes, á maldecir avaros; el que es paz de los tristes, los anhelantes y los sencillos; el que es gloria para todos los que tienen hambre y sed de creación y de cariño! "El que es". El Único que es: el Amor, el eterno Amor.

En medio de la noche apareció la luz y fué noche buena.

¡La Luz...! ¡La Luz...!

Una inmensa sombra, horrible y llena de futuras podredumbres rodea á la carne y la carne pesa como de barro.

Una inmensa sombra, fría y abrumadora, envuelve al espíritu, y el espíritu marcha como ciego.

La noche en todas partes, la fatídica noche.

¡Pero una ansiedad se agita entre las sombras y al conmovier las sombras remeda la vida! ¡Y de

la noche ha nacido una sed que empuja en un vértigo hacia la luz, y va mi vida, en el infierno de las tinieblas, anhelante de verte y de abandonar sus abominaciones. Nació en un paraíso y busca el paraíso que tu devolverás en medio de la noche, cuando aparezca tu luz, oh Virgen mía, radiación divina del que traes en tu seno purísimo, del engendrado por la ilusión eterna, y me dará, naciendo, toda la luz y la alegría!

Y á tu luz, veré la vida en tu mirada y recibiré la eternidad de tus labios rojos como brasas.

Entonces, en el templo de mi vida las ventanas derramarán luz, y caeré de rodillas mientras mi carne temblorosa se inmortaliza por el fuego y mi espíritu se ilumina con adivinaciones, entonces el clamor de mis impulsos repicará hosannas. Entonces, Virgen mía, mi noche será la Noche Buena!

Ricardo Gómez Robelo.



NAVIDAD.

Para la Srita. María de Jesús J. Sierra.

Y levantó la frente

Como trayendo un son á su memoria;
Y al ritmo de su arpa, dulcemente
Comenzó á relatar su vieja historia.

Han pasado los años,
Y el idilio, aquel eterno idilio
De su existencia mísera é incierta,
A veces se despierta.

Más y más el recuerdo se envejece
En el fondo de su alma inmaculada,
Y en cada Noche Buena, se entristece,
Y en cada Navidad, piensa en su amada.

Los años han blanqueado su cabeza
Y encorvado su cuerpo;
Y aún conserva en el frío de su alma,
El calor de una mística tristeza.

Así el idilio fué:
En una fiesta santa,
En una Navidad, la vió sonriente,
Y desde entonces el anciano canta
El tema de Gounod pausadamente.

Se contaron su amor, y un casto beso
Depositó en su frente inmaculada;
Y siente todavía el embeleso
De los húmedos labios de su amada.

Y después que sus cuitas se contaron
Desbordando su pena,
Amorosos, fervientes, entonaron
El pristino cantar de Noche Buena.

Desde entonces su imagen ha guardado;
Y en el fondo de su alma, siempre lleva;
Cual si en la lucha mísera, cansado
Trajera ese recuerdo, vida nueva.

Y en cada Navidad, cuenta la historia,
Y le imprime á su voz modulaciones
describiendo el paisaje: mudo, incierto,
Y reconstruye todo en su memoria,
Cual si quisiera con sus tristes sonos,
Hacerle las exequias á algún muerto.

Juan R. Orci.

SAN SILVESTRE

I

Noche de San Silvestre! Cómo despiertas
impacencias y gozos á tu llegada!
grata noche de anhelos, iluminada
por la ilusión, que alegre llama á las puertas.

Pasa por las ventanas entreabiertas
el rumor de tu fiesta, siempre anhelada,
y la esperanza surge vivificada,
un instante olvidando las dichas muertas.

Risas, dulces palabras, tiernas canciones,
escápanse de todos los corazones,
esparciendo en los labios su eflorescencia...

La ilusión es un ave que doquier canta;
la ilusión es un himno que se levanta
ante el ara bendita de la existencia.

II

Aquella noche alegre, tu risa loca
vibrando en mis oídos, me entristecía,
y reía incesante, siempre reía,
—amapola encendida—tu fresca boca.

Mi alma enamorada, que hoy te invoca,
hundida en la congoja se debatía,
y ante el deseo ardiente que me invadía,
mudo estaba tu pecho como una roca.

Cuando el reloj marcaba la media noche,
el amor en tu seno rompió su broche
ligándote á mi vida con fuertes lazos...

Oh, posibilidades del imposible!
el año que moría te vió impasible,
y el año que llegaba te halló en mis brazos.

III

Aquella noche alegre guarda la historia
de tu amor inconstante—rosa de Estío
que marchitó la nieve de tu desvío,
arrojándola al fondo de mi memoria—

De ese amor de un instante, que fué mi gloria,
la muerte prematura me causa frío,
y en vano en sus congojas el amor mío
rinde á tus pies la ofrenda propiciatoria.

En la selva de angustias en que me pierdo,
esta noche estoy solo con mi recuerdo,
sufriendo la amargura de tu desvío;
el mismo año halla rotos aquellos lazos;
soñando hacerte mía, tiendo los brazos,
y mis brazos encuentran sólo el vacío.

N. González Carrasco.

CONFESION.

¡Oh, Demócrata Santo! yo no puedo
En las criptas soberbias y suntuosas,
Ajustando mis obras con tu credo,
Decir plegarias y dejar mis rosas.

Allí donde descansan, en sus fosas
Que las turbas señalan con el dedo,
Los humildes que en vidas tormentosas
Lucharon con titánico desnudo;

Allí donde la sed de los tiranos
Que el mundo vil proclama sus señores,
Busca el abono fértil á sus granos;

Allí donde se hunden los dolores,
En las tumbas sin cruz de mis hermanos,
Digo plegarias y derramo flores!

Quirino Ordáz.



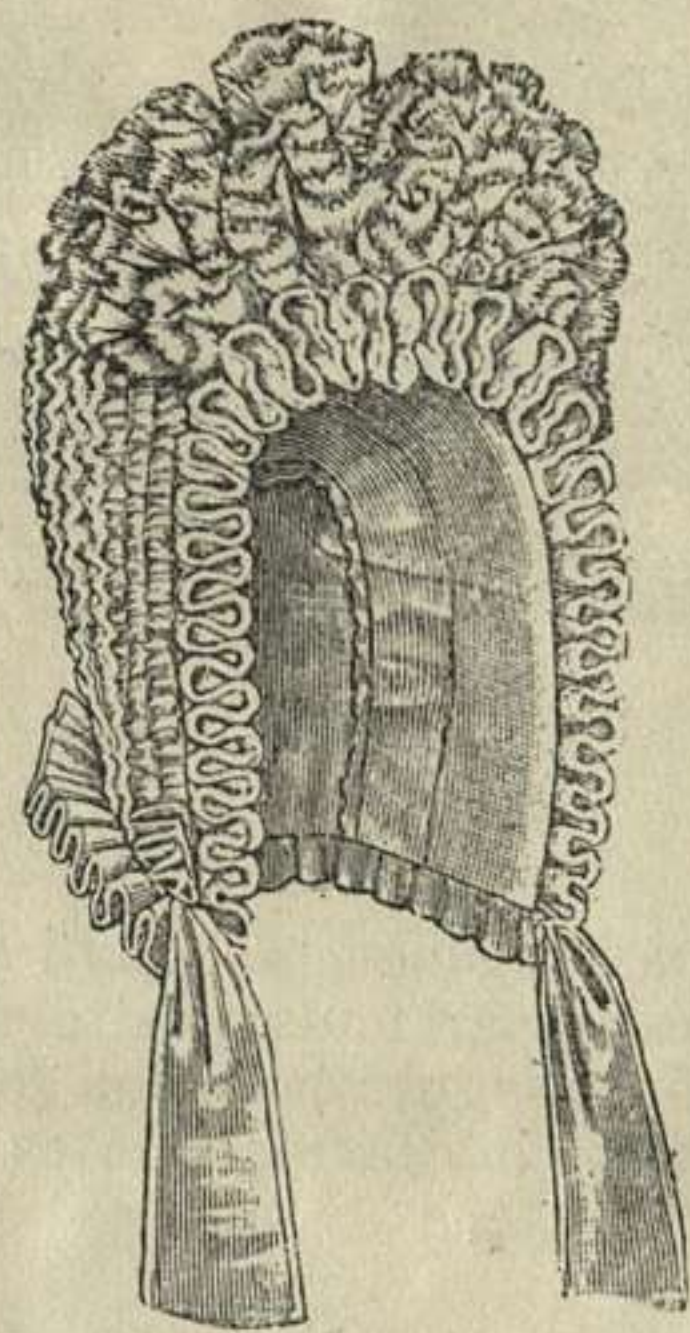
EL SALVADOR DEL MUNDO.

Composición de Fernando Sabatté.

La mujer en la familia.

Suele ser achaque temerario, que fácilmente destruye la más ligera observación, considerar como de escaso valor el papel que representa la mujer en la familia y, sin embargo, ejerciendo las funciones de señora de la casa, compartiendo con el jefe del hogar los cuidados y las atenciones, aparece en el pleno goce de su ministerio.

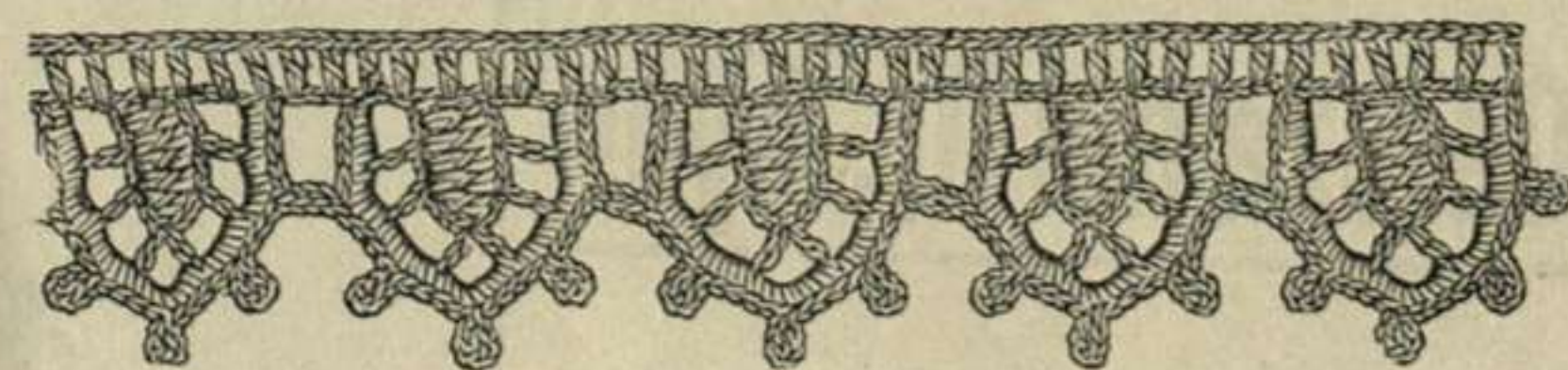
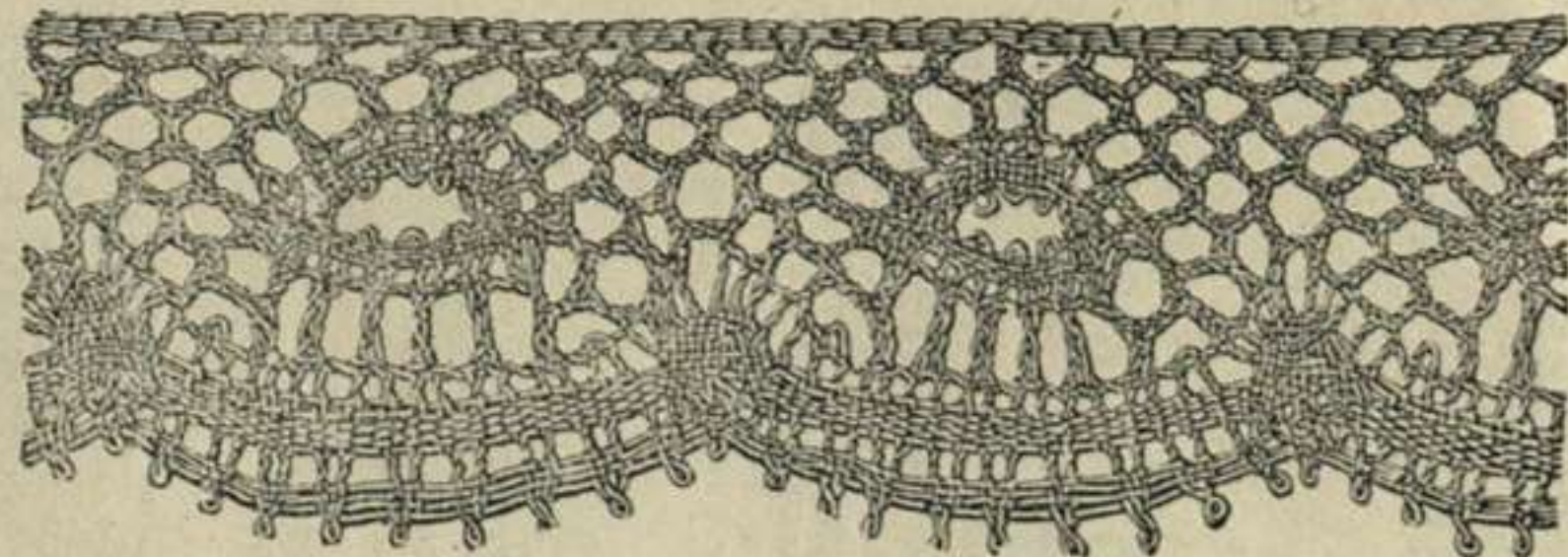
El bienestar de la familia dependen de la mujer, así considerada, toda vez que ella, cual hada protectora, vigila á un tiempo en obsequio del orden, de la salud y de los hijos, del contento del marido y de la prosperidad que es consecuencia de la razonable economía.



La mujer en el gobierno de la casa, es el elemento primordial á cuya influencia se reparan pérdidas y quebrantos, se conserva la adquirida fortuna, se inculcan ideas de moralidad, se traza á cada individuo sus deberes y todo eso no con la expresión de la fuerza, sino con el hermoso prestigio del amor, pues la mujer del hogar domina sobre las almas.

La mujer tanto atiende á los asuntos de trascendencia como á los detalles; y así la vemos que con asiduo trabajo, en concepto material, hace brillar la limpieza en vestidos y muebles y resplandecer la alegría, compañera del aseo, de idéntica suerte que en otra esfera de acción la admiramos esforzándose para que la violencia no arraigue en la familia; para que la dulzura tenga allí su trono; para que los actos groseros no muestren su ruda faz y, en fin, para que la obra de la educación fructifique sin tregua.

La mujer simboliza la administración de la casa y ese noble destino entraña una legítima gloria del sexo de la dulzura. Ejerce indudable influjo sobre el hombre, en el orden social, y por lo tanto podemos considerar como axioma la afirmación de que á la mujer somos deudores del progreso moral de los pueblos. La semilla que arroja en el seno del hogar trasfórmase en sazonado fruto y el recuerdo de las lecciones recibidas acompaña al hombre durante su vida, sin que logre sustraerse á la dichosa influencia del generoso consejo que escuchó en la feliz infancia.

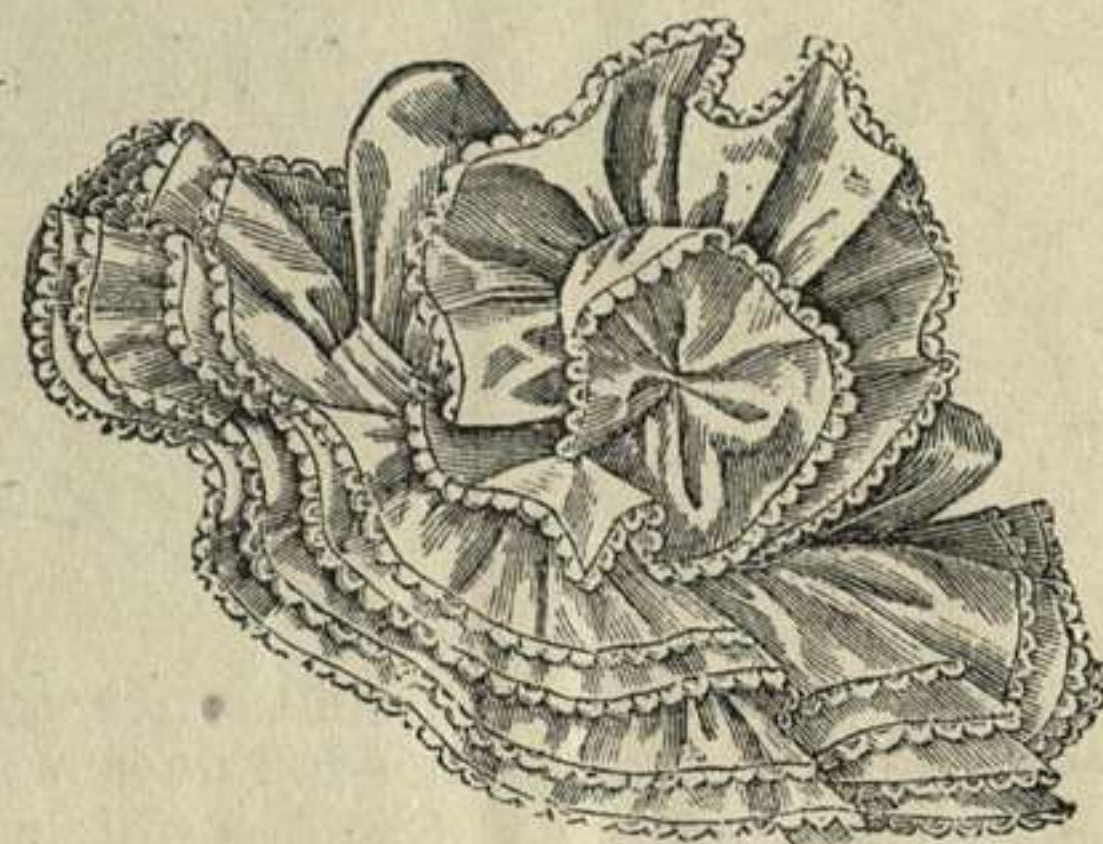


Muestras al crochet.

RECETAS DE COCINA

Caldo magro.

Póngase en una olla ó en una marmita, guisantes secos y agua, sal, un ramillete ó "bouquet" y una cebolla con dos ó tres clavos de comer; hágase cocer y pásese al caldo un momento antes que los guisantes comiencen á hacerse "pureé." Como este caldo está destinado para las salsas magras, es preciso que esté algo claro.



Consumado.

Vaciense y chamúsquense dos gallinas viejas ó una pava igualmente vieja y repliéguense las patas hacia adentro; póngase en una marmita con corvejón de ternera, desperdicios, menudillos, caparazones de aves y dos ó tres patas de ternera sin hueso, mójese todo con caldo que no esté demasiado salado ó simplemente con agua caliente; espúmese, agréguese, el bouquet, cúbrase y póngase á hervir á fuego lento hasta que la carne esté bien cocida; después se pasa por un tamiz.

OBSERVACION

Se puede hacer económicamente echando desperdicios, caparazones y menudillos de aves, un corvejón y patas de ternera.

Orizaba, Junio 26 de 1901.

Sr. D. Donato Chapeaurouge, Director General de "La Mutua."—México.

Muy señor mío:—Acuso á usted recibo de la Póliza Dotal número.... 1.054,731, que por conducto de su Agente General en la Sucursal de Puebla, solicité por la cantidad de 10,000 libras esterlinas (más de.... 100,000 plata mexicana), y cuya póliza ha tenido á bien extender á mi favor la Compañía de "La Mutua," de Nueva York, que usted tan dignamente representa, y la he revisado y encontrado de entera conformidad como debía ser, siendo emitida por una Compañía tan conocida y renombrada como "La Mutua."

Al solicitar este seguro, mi idea fué invertir mi dinero en un negocio bueno, teniendo la seguridad de sacar con el tiempo, si vivo, un capital regular con el solo hecho de haber pagado interés, y si muriera antes del período de distribución ó de la fecha del vencimiento del contrato, dejar fondos disponibles con que activar mis negocios que tengo ahora entre manos.

Elegí "La Mutua," porque tengo conocimiento de los inmensos recursos con que cuenta para cubrir sus obligaciones, sus métodos de organización y los planes tan atractivos de seguros que ofrece, y que á mi parecer son tan justos y buenos, que no admiten competencia.

Este seguro lo he tomado por lo pronto; pero con la determinación de aumentarlo dentro de poco, y tan pronto como mis demás negocios me lo permitan, pues creo haber hecho la operación más segura de mi vida, al tomar esta póliza con "La Mutua."

A. KINSELL.

Salsa dorada de ternera.

Póngase en el fondo de una cacerola una lonja ó albarda de tocino sobre la que se colocan lonjas de ternera, una zanahoria y una cebolla; póngase á hervir un poco de caldo; cuando empiece á reducirse, trasládese la cacerola á un fuego más suave á fin de que la carne tenga tiempo de soltar el jugo y de formar una buena gelatina. Cúbrase de que no se quemé pegándose á la cacerola; mójese con caldo, hágase que hierva suavemente y á fuego lento en un ángulo del hornillo; espúmese, y cuando la carne esté cocida pásese por un tamiz.



Hágase hervir un momento en una cacerola la cantidad necesaria de consumado, y agréguese un poco de gelatina.

Sopa de restaurant.

Hágase hervir un momento en una cacerola la cantidad necesaria de consumado, y agréguese un poco de gelatina.

Sopa de cortezones.

Pónganse en una sopera cortezones de pan frito, con bastante color, agréguese un poco de caldo y hágase hervir á fuego lento, cuando los cortezones estén en su punto, agréseles un poco de caldo y sírvanse después de haberlos desengrasado.

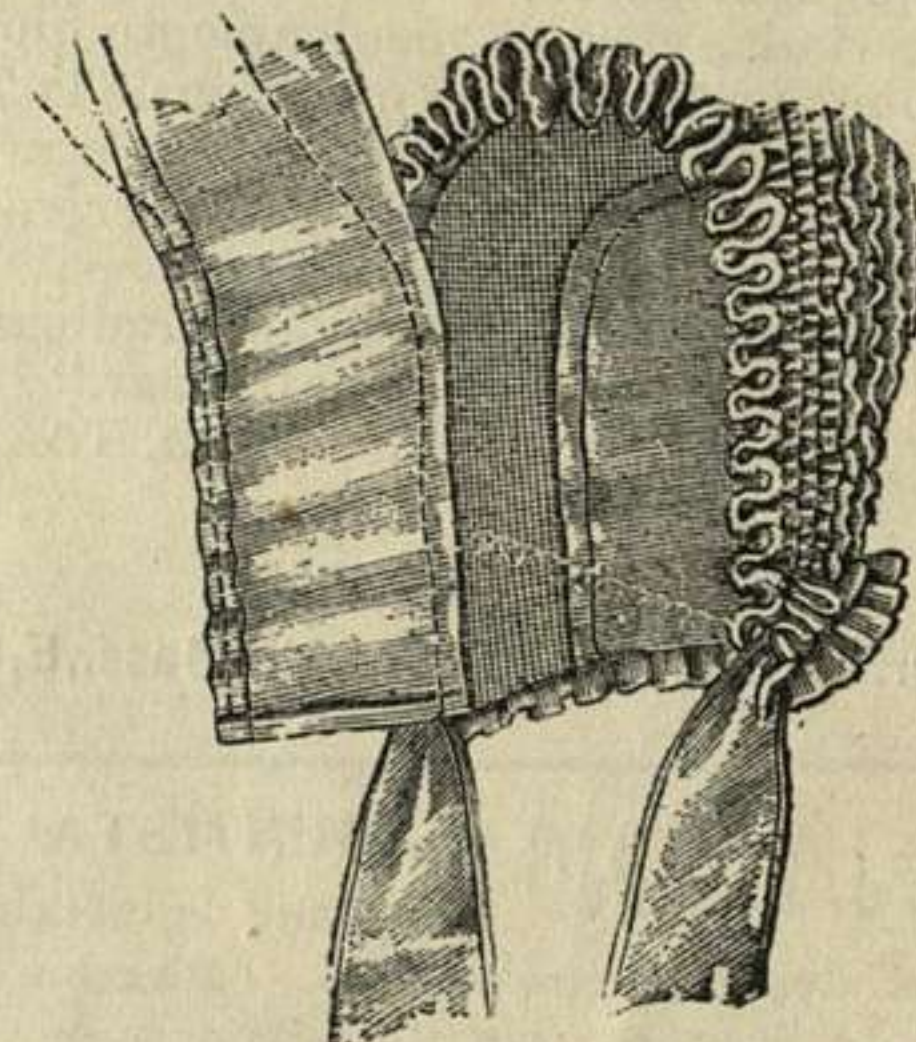
nes estén en su punto, agréseles un poco de caldo y sírvanse después de haberlos desengrasado.

Sopa Juliana.

Córtese en una cacerola una zanahoria, un nabo, un puerro y una cebolla; agréguese un poco de grasa del puchero, sofríase, meneando de cuando en cuando con una cuchara de madera; prepárese en seguida lechuga, acedera, apio y perifollo; lávese todo y póngase en la cacerola con lo demás. Durante la estación pueden agregarse habas ó guisantes verdes.

Después de haberlo pasado todo un momento, mójese con caldo y hágase hervir, ya en una cacerola, ya en una olla pequeña; en seguida se agrega caldo bien desengrasado.

Quando las zanahorias son muy fuertes, hay que hacerlas blanquear antes de utilizarlas.



LA MEJOR RUTA

Á DENVER, KANSAS CITY, St. Louis,

CHICAGO, NEW YORK,

SAN FRANCISCO Y LOS ANGELES, CALIFORNIA.

(VÍA EL PASO)



CARROS DORMITORIOS PULLMAN DIRECTOS

SIN CAMBIOS EN LA FRONTERA.

[Cía. Ferrocarril de Atchison, Topeka y Santa Fé.]

Los Restaurants y Carros Comedores de Harvey en la Línea de Santa Fé, son renombrados en el mundo entero.

Para precios, itinerarios y otros informes, dirigirse á

W. S. Farnsworth,

Agente General.

Plazuela de Guardiola, Ciudad de México, D. F.

El Pectoral de Cereza del Dr. Ayer

Supera á toda otra preparacion para la cura de resfriados, toses, bronquitis y todos los demas desarreglos de la garganta y de los pulmones.

Durante muy cerca de medio siglo ha sido este el remedio mas popular y eficaz para las afecciones de la laringe y del pecho,—

**Ronquera,
Pérdida de la Voz,
Bronquitis,
Asma y Consuncion.**

Unas cuantas dosis son usualmente suficientes para producir alivio y abrir el camino á una cura permanente.

D. Benito Torá y Ferrer, Catedrático de la Universidad de Granada, España, Certifico: "Haber examinado química y médicamente el Pectoral de Cereza, preparado por el Dr. Ayer y Ca.

Sus efectos son seguros en todos aquellos casos, cuya indicación sea acertada, y es un medicamento que no conoce rival para la curacion de la Tos, Bronquitis aguda y crónica, Catarros, mucosos y secos, agudos y crónicos, infantes pulmonares y en una palabra, para cuantas enfermedades radican en el aparato laringeo y pulmonar."

DR. TORÁ.

Preparado por el

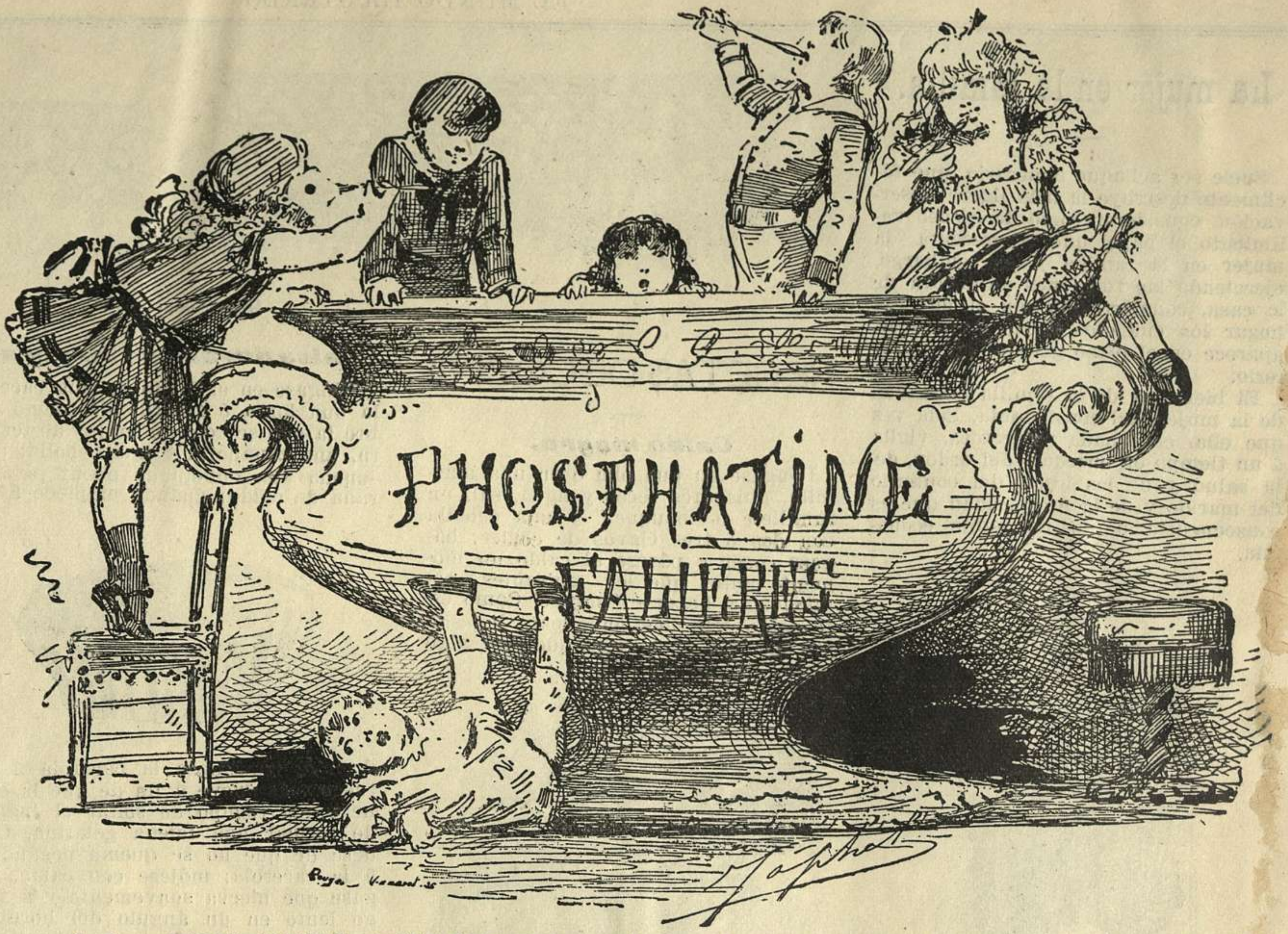
Dr. J. C. Ayer y Cia., Lowell, Mass., E.U.A.

Dr. J. J. ROJO - DENTISTA -

Facultad de México

2a. de Plateros núm. 5. — México.
Frente á la joyería "La Esmeralda."

Horas de consulta: Días de trabajo de 8 á 1 y 3 á 6.—Domingos de 10 á 12. a. m.



LA "FOSFAINA FALIERES" es el alimento más grande y el más recomendado para los niños desde la edad de seis á siete meses, y particularmente en el momento del destete y durante el período del crecimiento. Facilita mucho la dentición; asegura la buena formación de los huesos; previene y neutraliza los defectos que suelen presentarse al crecer. É impide la diarrea que es tan frecuente en los niños. —PARIS 6. AVENUE VICTORIA, Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

TOMEN VINO

San Miguel.

Grandes Ganancias Para Los Agentes

Vendiendo nuestras acreditadas Lámparas.

Son mas brillantes que la electricidad, mas baratas que el Petroleo. Miles de testimonios de gente que las ha usado por dos años. Tienen los últimos adelantos. Son permitidas por las Compañias de Seguros Contra Incendios. Es la fábrica mas grande en este ramo en los Estados Unidos. Cuarenta y tres estilos para adentro y fuera de la casa. Tenemos lámparas de presión de aire y presión de gravedad. Los precios mas bajos. Se venden al menudeo en los Estados Unidos de \$4.00 oro americano para arriba. Una lámpara como muestra, á mitad de precio. Se dará la agencia dentro de esclusivas comarcas á individuos ó comerciantes. Somos tambien traficantes en grande escala en manteles. Catálogos ilustrados se envian gratis.
STANDARD GAS LAMP CO.
118-120 Michigan Street, Chicago, U. S. A.

PASTILLAS DEL DR. ANDREU
Remedio pronto y seguro. En las botellas
FOR FUERTE QUE SEA, SE CURA CON LAS

- DROGUERIA - BELGA -

SOCIEDAD ANONIMA

(Antes "Drogueria Universal.")

Teléfono 214 MEXICO. Apartado 281.

Drogas y productos químicos para la farmacia y la industria. Especialidades de Patente de todos países. Perfumerías finas de las marcas las más acreditadas. Gran Surtido de Papel. Azulejos. Mosaicos. Cemento. Barnices. Cristalería. Aparatos para la Química.



GRAN FÁBRICA DE ÁCIDOS Y PRODUCTOS QUIMICOS DE S. ANTONIO ABAD.

Ventas por mayor y menor A precios sin competencia.

EMULSION ALMAZAZ.

Crema Rosada "ADELINA PATTI"

Compuesta de substancias tónicas y saludables, evita las arrugas, refresca el cutis y conserva la hermosura de la cara hasta la vejez comunica un perfume delicioso, y con su uso diario, las señoras tienen la seguridad de conservar siempre los encantos de la belleza y la frescura de la juventud.

Tanto en Europa como en América, la usan las damas más aristocráticas.

DE VENTA EN DROGUERÍAS Y PERFUMERÍAS.

POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON

Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y aterciopelar el cutis.

Exigase el verdadero nombre Réhuse los productos similares

J. SIMON
13, r. Grange batelière, Paris



RESTAURADOR CABELLO UNIVERSAL DEL

PREPARADO POR EL DR. J. TORREL DE PARR

PETROL

UNICA PREPARACION PARA RESTABLECER, VIGORIZAR Y HERMOSEAR EL PELO.

IMPIDE LA PREMATURA CAIDA DEL CABELLO, EVITA LAS CANAS Y LIMPIA LA CABEZA.

De venta en las Droguerías y Farmacias.



PETROL

Unica preparación para restablecer, vigorizar y hermohear el cabello.

DE VENTA EN TODAS LAS DROGUERÍAS Y PERFUMERÍAS.

